

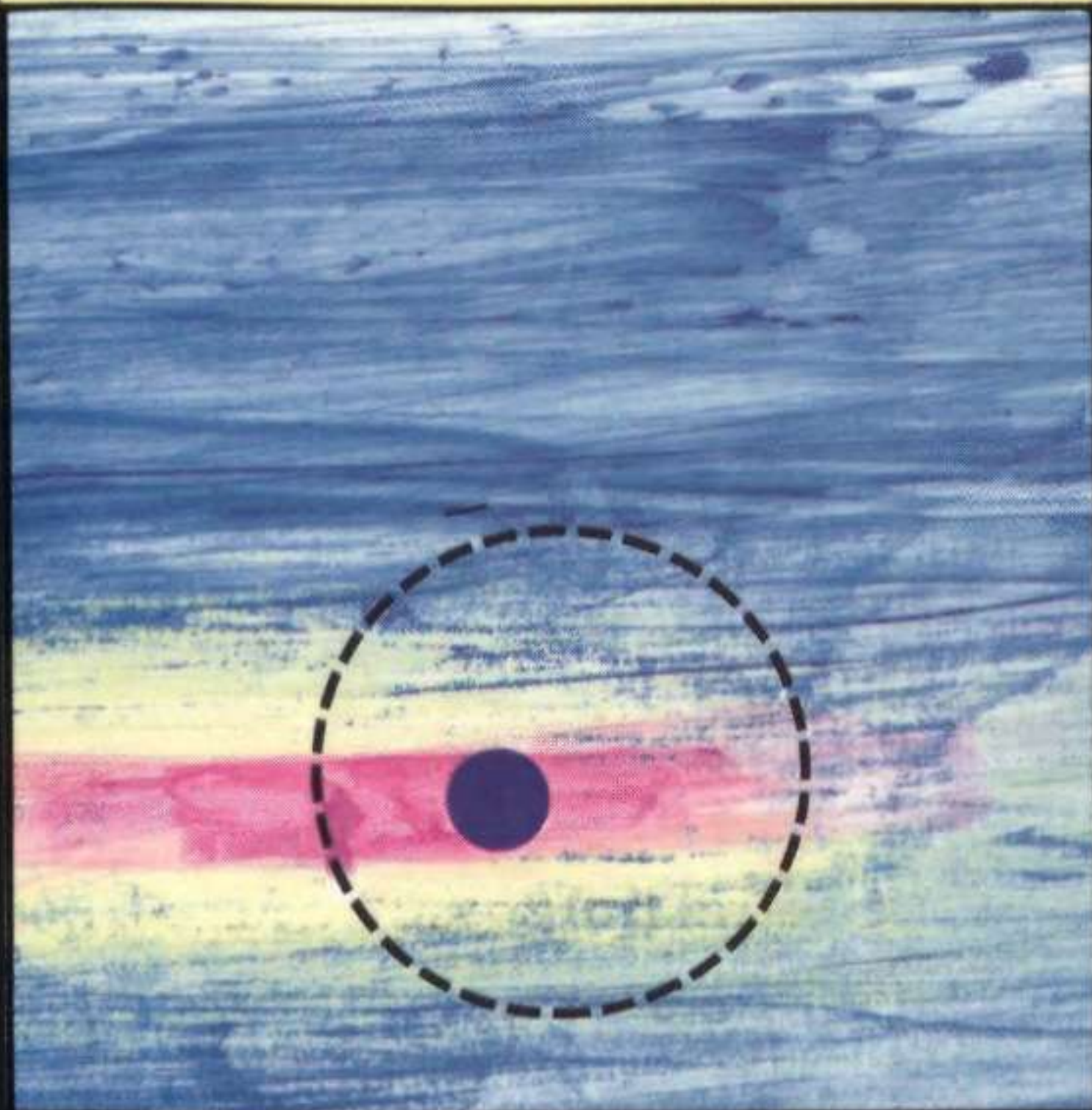
7-183

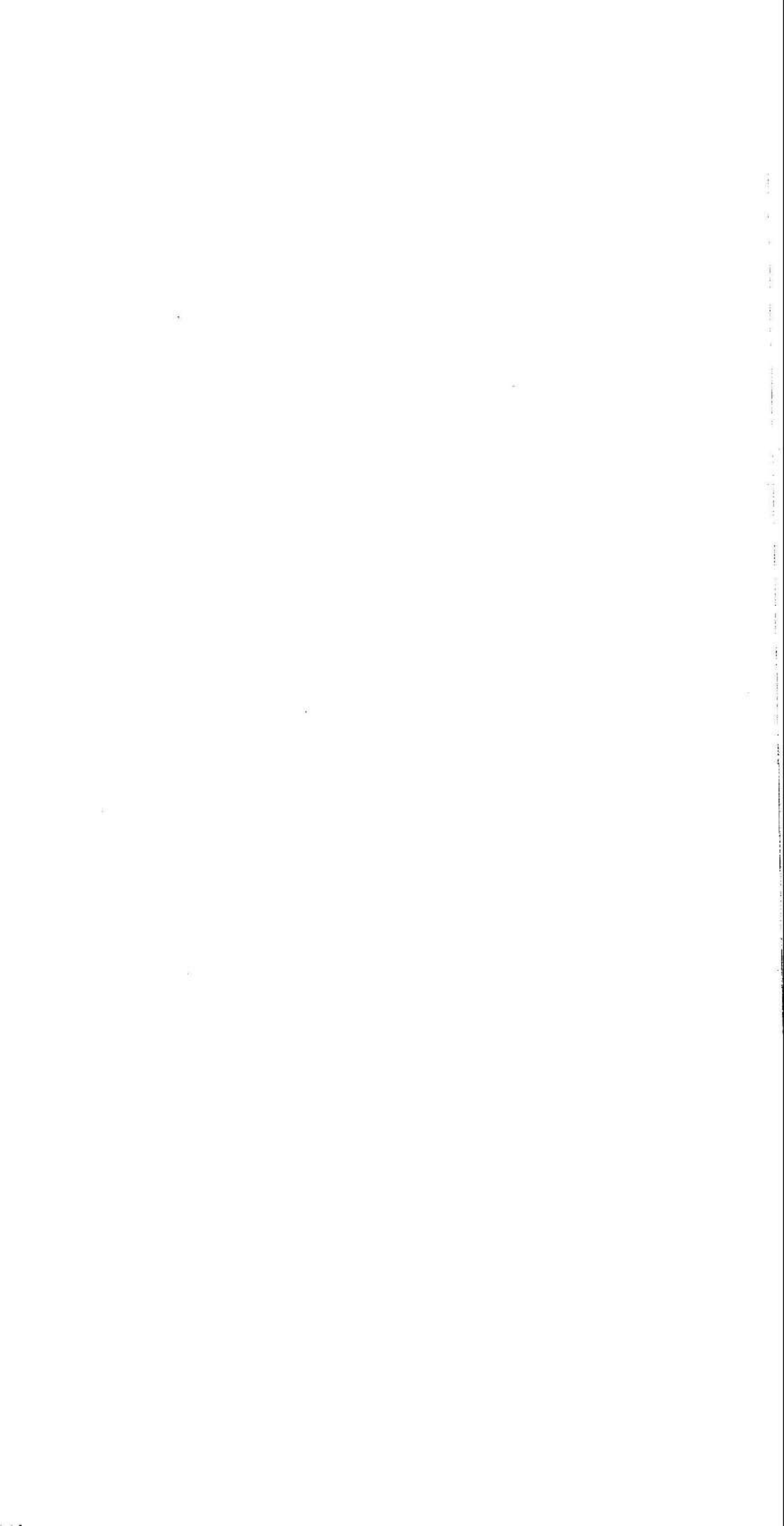
TEATRO 10

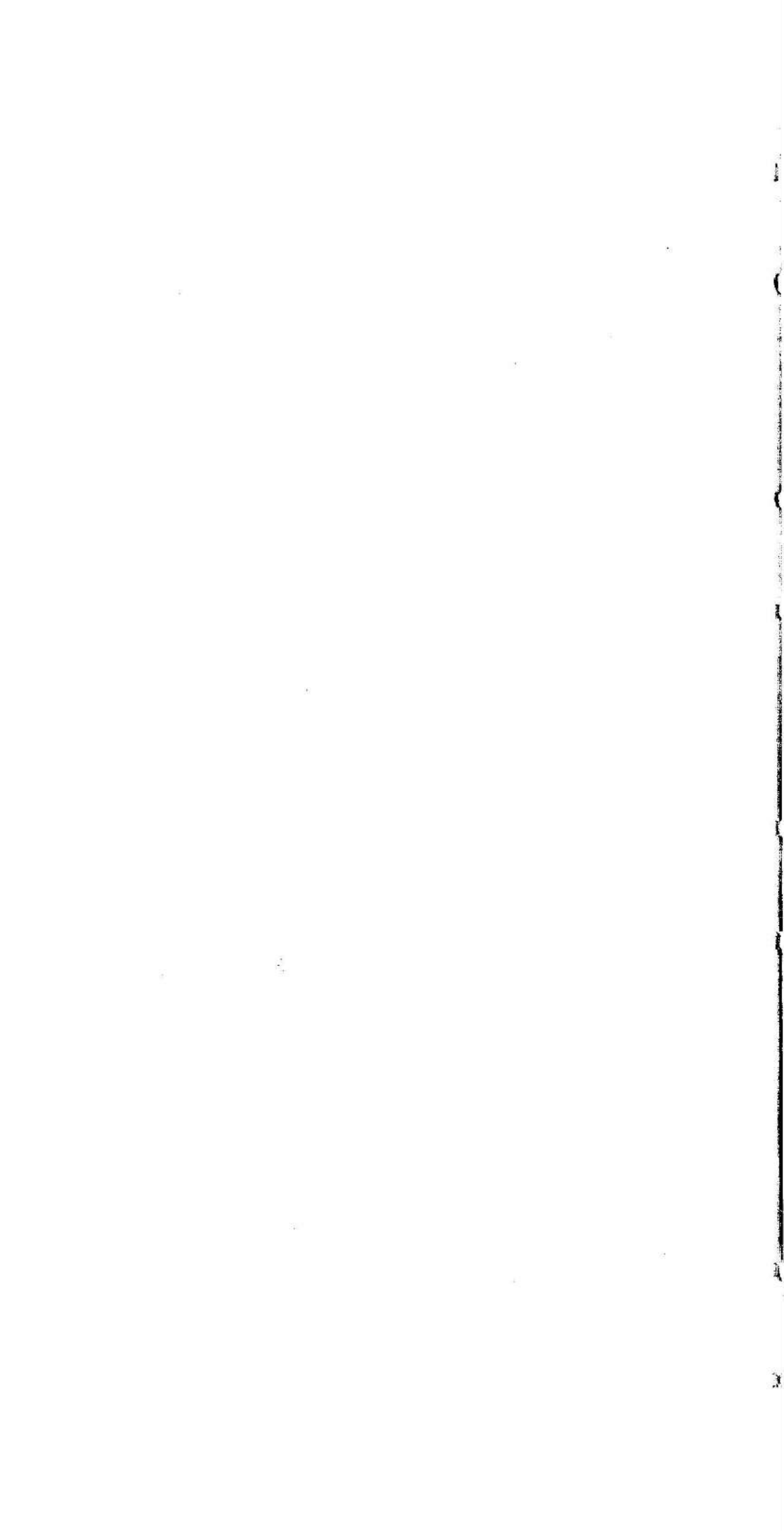
EL PÚBLICO

BOTHO STRAUSS

GRANDE Y
PEQUEÑO







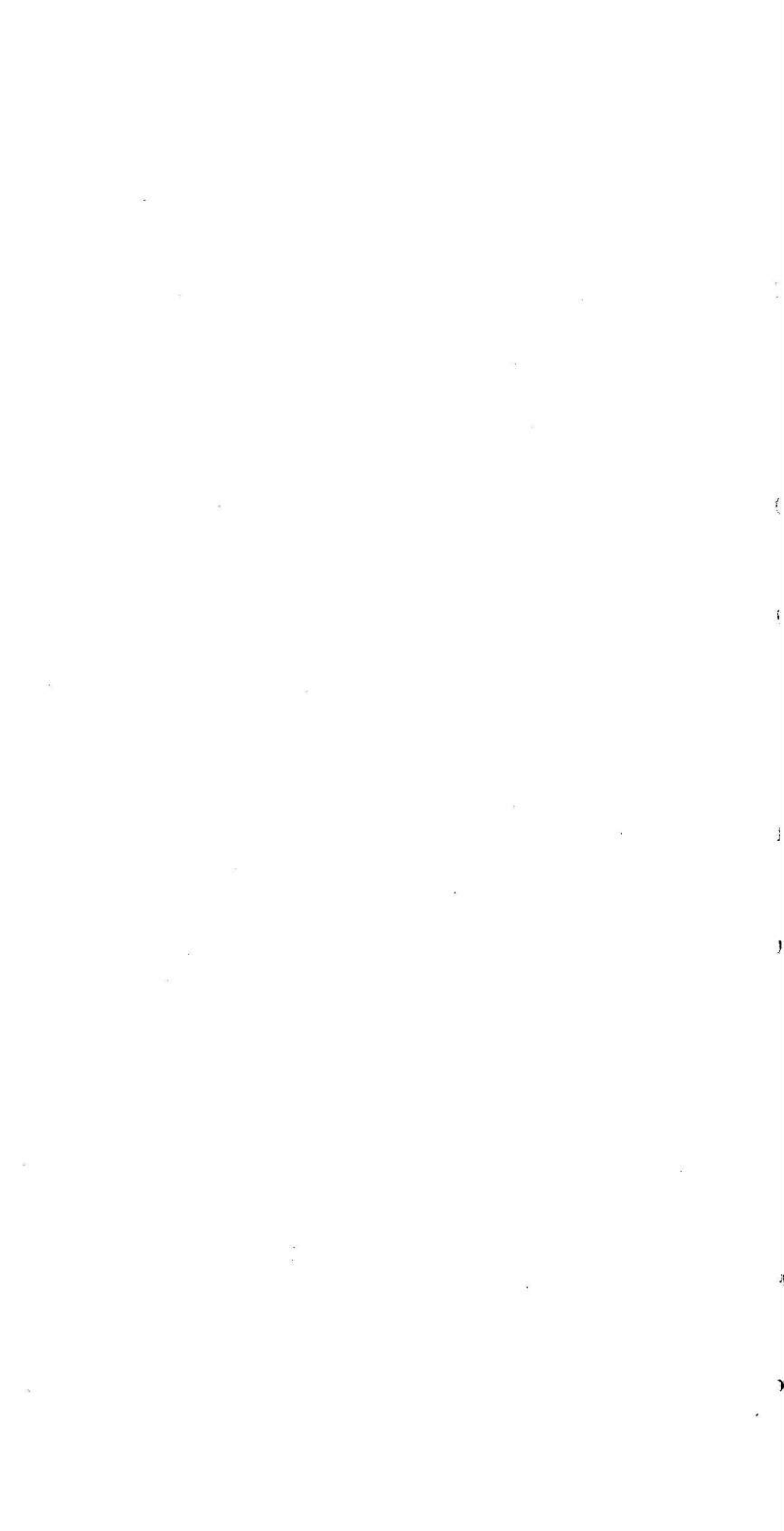
GRANDE Y PEQUEÑO

BOTHO STRAUSS

TRADUCCIÓN: ISABEL NAVARRO RAMIL

TEATRO·10

EL PÚBLICO





MADRID, JULIO-AGOSTO 1990

Suplemento de El Público, revista bimestral del espectáculo,
editada por el Centro de Documentación Teatral
del Instituto Nacional de las Artes Escénicas
y de la Música.
Ministerio de Cultura.

Director:
Moisés Pérez Coterillo.

Portada:
Antonio Fernández Reboiro.

EL PÚBLICO
CENTRO DE DOCUMENTACIÓN TEATRAL

Capitán Haya, 44
28020 Madrid.

Teléfonos:
Redacción y Documentación:
(91) 572 33 11/12/13/14
Suscripciones y Fax: (91) 270 51 99.

Imprime:
TÉCNICAS GRÁFICAS FORMA, S. A.
Rufino González, 14. 28037 Madrid.
Depósito Legal: M-21395-1990
NIPO: 302-90-001-9
ISBN: 84-87075-10-X

Este volumen se vende conjunta e inseparablemente con el número 79, correspondiente a los meses de julio y agosto de 1990.

Título original
"Gross und Kein"

Edición precedente
© 1978. Karl Hanser Verlag, Viena.
ISBN: 3-446-12598-1

Esta edición
© 1990. El Público/Centro de Documentación Teatral

SUMARIO

Carta abierta a Botho Strauss <i>Isabel Navarro Ramil</i>	9
Un paisaje del alma <i>Isabel Navarro Ramil</i>	13
Botho Strauss	21
“Grande y pequeño” <i>Botho Strauss</i>	23

CARTA ABIERTA A BOTHO STRAUSS

Querido Botho:

Hace años, mi búsqueda del teatro alemán contemporáneo me llevo a Berlín. Aquí me pareció ver, de manera más manifiesta que en otras partes de la RFA, en la calle, en el metro, en la infinidad de pisos compartidos, ese espíritu y paisaje anímico que se refleja en *Grande y pequeño*.

Pero inmediatamente me surgió la pregunta, ¿cómo transmitir esa fascinación por la condena del individuo a la soledad, tan alemana, que percibí en Berlín como un fenómeno más cotidiano que filosófico y que aparece en toda tu obra, a un público español con una actitud vital tan diferente?

¿Cómo puedo explicar aquí, en España, al ciudadano de a pie, que alguien viva en un piso de 200 metros cuadrados con poco más que un sofá y una mesa de escritorio, se sienta profundamente solo y, sin embargo, o precisamente por eso, no salga a la calle?

Hace poco leí en una crítica sobre el montaje de tu obra *Visitatore Spettatore* en Italia, dirigida por Luca Ronconi, que los espectadores italianos no están acostumbrados a aceptar, o a que les guste un amplio espectro de diferentes estilos teatrales, y que simplemente buscan el entretenimiento y esperan humor, elegancia y belleza como ingredientes de este esparcimiento.

Comentaba el crítico que el montaje de Ronconi había aportado muy poco a la comprensión de la

obra, y que de esta manera el público italiano perdía la ocasión de aproximarse a una dramaturgia contemporánea de alta calidad y de ampliar sus puntos de mira por encima de esa superficialidad catastrófica. Finalmente, el crítico se preguntaba si su creación no sería demasiado nórdica.

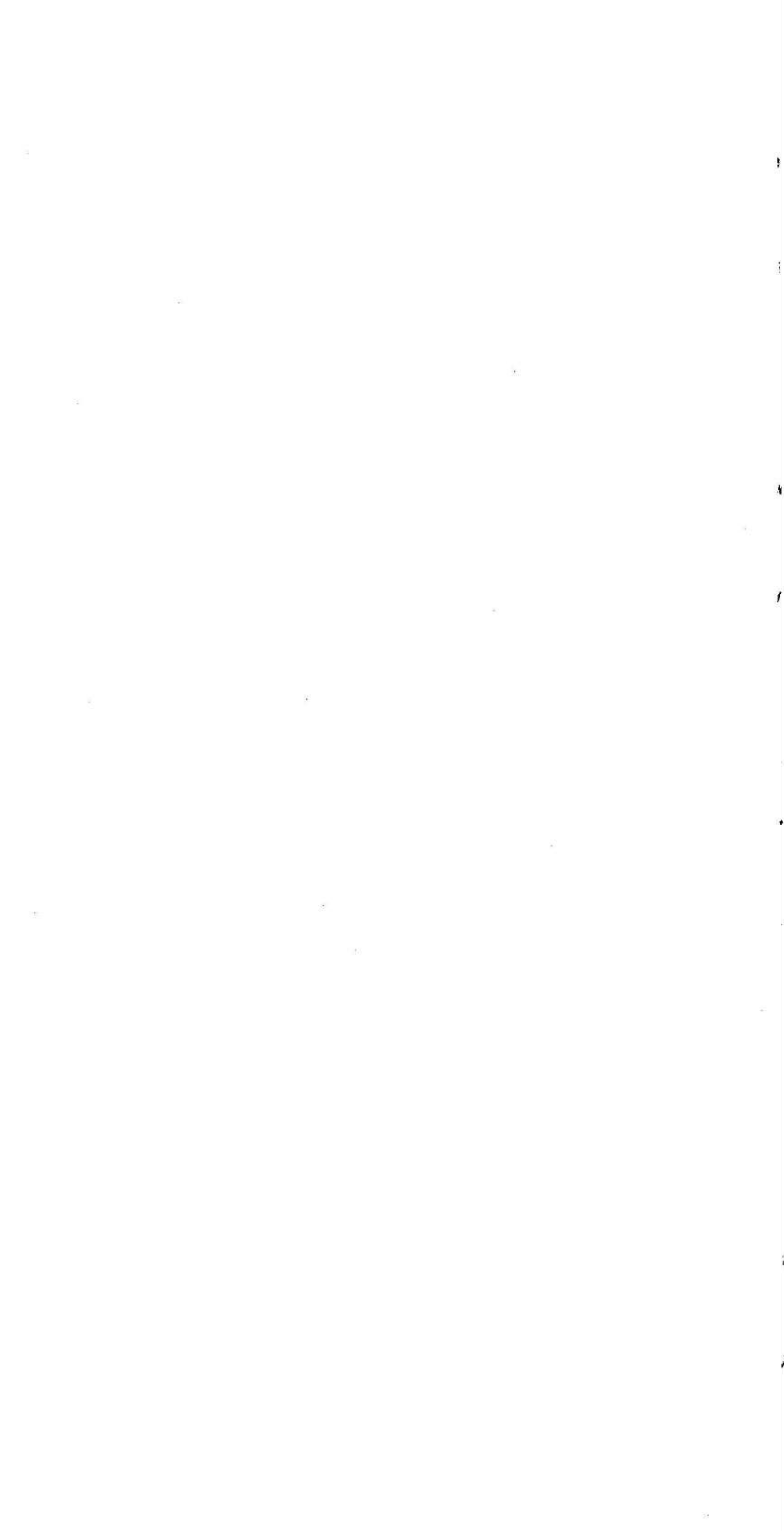
¿No será un tópico volver a hablar del norte de Europa, de pensamiento profundo y analítico, y del sur vitalista, alegre y superficial? Tengo entendido que hay franceses que opinan que no existe en España una filosofía propia, como la alemana o francesa. Pero no es mi intención entrar en este tipo de polémica. Lo que sí es cierto, es que dentro de los distintos países europeos existe en general un profundo desconocimiento de las respectivas y diferentes visiones y conceptos del mundo. Si como a ti te parece observar, las relaciones entre los hombres están basadas en el desinterés por los demás y en la desidia, ¿qué hacemos? ¿apaga, y vámonos?

Mi, tal vez, ingenua convicción de que el mundo no es humano simplemente porque en él resuene la voz humana, por muy sublime que sea, sino solamente cuando llega a ser objeto de diálogo, me ha llevado a pensar que *Grande y pequeño*, como otras de tus obras, podrían ser una aportación a un posible diálogo entre culturas. Evidentemente, no se puede esperar de un público español o italiano que reaccione con la "profundidad alemana", pero tal vez se produzca otro fenómeno enriquecedor. No quiero decir con todo esto, que España o Italia sean paraísos de la comunicación humana o que no exista la desintegración del individuo en estas sociedades, simplemente que se vive la comunicación de otra forma. Dicho de una manera sencilla, a la gente de la calle le preocupa más el acto de comunicarse que la profundidad del contenido. Una obra como *Grande y pequeño* aquí no resultaría un espejo o fotografía exacta de la realidad. Pero precisamente por ese distanciamiento, *Grande y pequeño* aquí se convertiría en una especie de parábola un tanto exótica o lejana, pero válida por su trasfondo, por encima de todo universal.

Por eso dar a conocer *Grande y pequeño* u otras de tus obras, me parece una aportación necesaria en cuanto que nos obliga a confrontar y revisar nuestras concepciones del mundo. ¿Y qué mejor que una obra de teatro como expresión más directa para conocer o entender otros puntos de vista, otros aspectos sociales o culturales?

Mi más sincero afecto y admiración por tu trabajo,

Isabel Navarro Ramil



UN PAISAJE DEL ALMA

Pocos autores alemanes contemporáneos han suscitado entre la crítica tantas controversias como Botho Strauss. De este autor enigmático y reservado se ha dicho que es un observador sutil e impasible de la descomposición del individuo dentro del conjunto difuso de las interdependencias sociales, la figura más representativa y enrevesada del intimismo alemán. Se le ha acusado de elitista con aires esotéricos o se ha dicho que sus obras son buenas fotografías de la RFA.

En los estrenos de sus primeras obras, el público y la crítica han estado siempre divididos entre el pataleo, la indignación y el aplauso insistente. Cuando consiguió el premio dramático más prestigioso de la RFA con *Kalldewey, Farsa*, confirmación de su indudable y válida aportación a la dramaturgia contemporánea, voces como la del también autor Franz Kroetz comentaban: "Strauss ha vuelto a escribir la obra del año: el pesimismo apocalíptico del abuelito, escrito de manera bonita y elegante, otra vez la soledad, la impotencia, la desesperación".

Tras dos años y medio de estudios, una tesis doctoral sin terminar sobre Thomas Mann y el teatro, y tres años como crítico y redactor, hizo su primer contacto directo con el teatro de la mano de Peter Stein y la Schaubühne de Berlín. Colaboró con ellos desde 1971 hasta 1974 realizando adaptaciones y traducciones de clásicos como *El príncipe*

de *Homburgo*, *Peer Gynt*, o *La hucha*. Pero el trabajo decisivo de Botho Strauss fue la adaptación de *Veraneantes*, en la que el tratamiento de los personajes ya no reflejaba su dependencia del contexto histórico, sino el efecto que causan las situaciones decadentes en los sentimientos más profundos del individuo. El interés por mostrar las contradicciones del alma humana y la impresión de irrealidad en medio de la realidad, eran la clave de su adaptación, que más tarde seguiría desarrollando en sus propias obras.

A pesar de su estrecha vinculación con Peter Stein y la Schaubühne, sus primeras obras no se estrenaron aquí. La primera obra estrenada por Peter Stein en este teatro fue *Grande y pequeño*. Peter Stein pareció encontrar en ella una coherencia formal que no había visto en las anteriores: En *Grande y pequeño*, Botho Strauss ha creado una dimensión estructural y formal utilizando los recursos de la llamada dramaturgia de estaciones... e inventando una figura central femenina representativa y densa...”

Mientras que las obras anteriores se centraban en torno a un único lugar en el que se encontraban los diferentes personajes, con *Grande y pequeño* Botho Strauss escribía por primera vez una obra que se desarrollaba en escenarios distintos, vinculados por medio de la creación de un único personaje claramente protagonista. El personaje femenino de Lotte es el hilo conductor entre los distintos espacios y situaciones dramáticas, en las que se introduce como elemento externo y extraño.

De la obra *Grande y pequeño* se ha dicho que es un paisaje anímico de la clase media germano-occidental de los años setenta.

El tema: la incomunicación, el aislamiento humano y la consiguiente desintegración del individuo dentro de todo un arreglo comunicativo que Strauss plasma de manera grotesca y angustiosa con un estilo entre lo patético y lo cómico de lo cotidiano, utilizando el lenguaje más como impacto expresivo que como medio comunicativo.

“Hay pasajes que están impregnados de una voluntad literaria más elevada, y otros de una absoluta trivialidad. Hay momentos cómicos y otros desoladores. Eso es lo que me interesa: ¡unir todo esto! En la forma eso significa siempre dispersión y fluidez. Descubrí a partir de *Veraneantes* que éste podía ser el procedimiento apropiado para mí”, dice Strauss. El propio título de la obra indica un juego de dimensiones y relaciones entre el mundo grande (conceptual) y el mundo pequeño (cotidiano) desde una perspectiva interiorista.

Detrás de esta propuesta de Strauss se encuentra el pensamiento de Adorno, reflejado en el capítulo “Grande y pequeño” de su obra “Minima Moralia”:

“La división del mundo en cosas principales y accesorias, que desde siempre ha servido para neutralizar los fenómenos clave de la más extrema injusticia social como meras excepciones, hay que secundarla hasta conseguir convencerla de su propia falsedad. Ella misma, que todo lo convierte en objeto, tiene que convertirse en objeto del pensamiento, en lugar de ser la que dirige a éste. Los grandes temas podrán seguir presentándose, pero apenas de manera “temática” en el sentido tradicional, sino de forma fragmentaria y excéntrica”.

Grande y pequeño es el viaje de una mujer desde Marruecos hasta la Alemania profunda en busca de afecto y comprensión, adaptándose en cada una de las escenas, a veces de manera humillante, a las formas de conducta de cada situación y ámbito social. El afecto y la amistad que ella ofrece a los demás se le vuelven en contra, la desintegran hasta llevarla a la locura.

Una vez más, Strauss muestra en *Grande y pequeño* la incapacidad de relacionarse y la consiguiente desintegración del individuo como esencia de las deformaciones actuales de la sociedad. Para él la locura es una metáfora que refleja el estado del individuo en general, cuyas fantasías, ideas y deseos están amordazados en medio de una sociedad que sólo sabe hacer valer la razón, y en cuyo nombre ejerce un perverso poder opresivo.

Lotte es como el personaje Nelly de *Los hipocondríacos*, “una salvaje entre pedantes”; sin embargo, ella no es consciente de ello, se considera una persona corriente, del montón. El destrozo anímico de la sociedad en la que se mueve, se le convierte irremediablemente en un laberinto sin salida. Esta especie de Juana de Arco, que emprende su vía crucis desde Marruecos pasando por las distintas estaciones de la RFA, más que compasión provoca vergüenza ajena por su comportamiento, juzgado siempre inoportuno, y por sus desvíos místicos-religiosos.

El aspecto religioso que aparece a través de la figura de Lotte se ha intentado interpretar en ocasiones como la búsqueda de Dios en Botho Strauss. El autor ha explicado este elemento religioso como la desaparición de la espiritualidad, y como un rasgo no actual de la sociedad. Fundamentalmente se trata de un recurso dramático: la religiosidad de Lotte se percibe como la aberración de un personaje que finalmente acaba inmerso en la demencia. Es la única defensa para salvaguardar su identidad ante la imposibilidad de comprender las causas del alienamiento entre las personas y el suyo propio. De esta forma, en *Grande y pequeño* aparece la reivindicación de una coherencia vital y un sentido de la vida, hoy en día, como algo inútilmente “grande” y necesariamente “vago”, como algo patético y demente.

Los personajes y las situaciones aparecen en *Grande y pequeño* en un vacío histórico que impide buscar interrelaciones entre los distintos fenómenos sociales e individuales. Como en las demás obras, Strauss muestra una vez más el desarraigo de la conciencia histórica, la regresión de la memoria. Parece estar convencido de que la memoria histórica ha llegado a su fin y de que las categorías críticas ya no son suficientes para comprender la realidad: “ya no se trata de un juego dialéctico cuando hoy contemplamos el delirio de un paranoico como reflejo interior de nuestra verdadera situación”.

Botho Strauss refleja en su obra un fenómeno actual de nuestra realidad: la historia se nos hace cada vez más imperceptible porque ya sólo funciona a través de grandes movimientos de capital y esos son invisibles para el ciudadano de a pie. Al mismo tiempo, la incapacidad de descifrar nuestro mundo por esa especie de amnesia histórica nos impide ver un futuro. En este sentido, Strauss es, indudablemente, un gran fotógrafo o cronista del momento. Sin embargo su convicción de que ya no se puede escribir nada que pronostique un futuro, su pesimismo histórico, le impide buscar las preguntas, los cuestionamientos necesarios para ayudarnos a esclarecer nuestra realidad actual.

En sus obras, como *Grande y pequeño*, la estructura parece un rompecabezas compuesto de diferentes estados de ánimo y matices, cuyo sistema de construcción queda abierto a diferentes posibilidades de juego y montaje; su contenido, en cambio, que se refleja en los personajes, siempre aparece en una especie de "huis clos", en un callejón sin salida, como si Strauss no creyera en la capacidad del hombre para comprender, aprehender y mejorar la realidad en la que vive.

Sus obras reflejan esa sensación de "no-future" que invadió a gran parte de la generación del sesenta y ocho en la RFA. Queda su desoladora constatación de que "las relaciones humanas sólo parecen ajustarse por medio del desinterés y la negligencia" y de que "si a la gente se le quita ese profundo desinterés por los demás, sólo les aumentaría la agresividad".

El pesimismo de Botho Strauss se ha intentado explicar a partir de la pérdida de la esperanza en las utopías de los años sesenta, o como reacción a la exigencia de formas que transmitieran una crítica evidente político-social sin demasiada cabida a la expresión de sensaciones subjetivas. Sin embargo, sería demasiado simplista reducir su actitud a una reacción a toda la carga de escuelas marxistas, freudianas y estructuralistas de su generación. Ciertamente es que durante esos años también surgió,

junto a la tendencia radical anti-subjetiva, una especie de "nueva subjetividad" que reivindicaba, como condición y parte integral del comportamiento social, la confrontación con la propia subjetividad. Tenían en común estas dos tendencias —el determinismo social y el afán por una emancipación individual— la esperanza en la capacidad del conocimiento y en la autodeterminación del hombre.

La crítica subjetiva que realiza Strauss a través de sus obras, la vuelta casi neoclásica al conocimiento de la propia identidad, se produce en el completo aislamiento de una totalidad, y así los sujetos se encuentran con otros sujetos análogos en su pérdida de referencia con el mundo, que encerrados en sí mismos descubren una y otra vez su incapacidad de comunicación. El personaje de Lotte es como el Ulises que se marchó de casa para, a través de un sinfín de extravíos y laberintos por todo el mundo, volver a ella y ser reconocido por su mujer, es decir su "alma", para volver a encontrarse consigo mismo. Sólo que en el caso de Lotte se refleja el pensamiento de un Ulises que no vuelve a encontrar su casa. Inmerso en un torbellino insustancial se queda dando vueltas en un mismo lugar sin poder avanzar, o se deja llevar a la deriva sin esperanza de retorno.

La postura de Botho Strauss es la que ha levantado y levanta polémicas entre la crítica. Es simplista reducir este fenómeno a la idea de que a los críticos les gusta un teatro o una literatura de crítica social, como ha opinado él en alguna ocasión. La crítica se divide entre los que lo consideran un autor pesimista acorde a su tiempo o como un autor que intenta llegar al conocimiento por otras vías que las de la crítica de la razón. Lo que sí es significativo es que, como ha acertado en decir el propio Strauss, "sólo en Alemania se puede considerar lo que yo escribo como una provocación". Porque además de suscitar una discusión histórica —¡qué paradoja!— entre dos tendencias muy arraigadas en el pensamiento alemán, su

postura no deja de ser ambigua. Así, declara, por un lado, que la comprensión de las cosas desde el aislamiento, a través de una observación impasible y fría es inútil, como, por otro lado, que “¡no hay sociedad ninguna, sea de la naturaleza que sea, que se pueda soportar!”

Sin duda, *Grande y pequeño* es un testigo válido de su tiempo, como todas las demás obras de Strauss, y no sólo sus obras sino el propio autor y la polémica que le envuelve. Como pronosticó Stein, “estas obras tienen en sí un valor, independientemente del teatro, ... que se verificará en el futuro, cuando podamos ver en ellas qué extraños vientos corrían por este país”.

Las contradicciones y los planteamientos de la obra de Strauss son estimulantes y enriquecedores sobre todo para revisar y defender la postura de todo aquel que, pese al escepticismo, apueste por la capacidad crítica y creativa del hombre.

Isabel Navarro Ramil



BOTHO STRAUSS

Botho Strauss nace el 2 de diciembre de 1944 en Naumburg/Saale, estudia germánicas, historia del teatro y sociología. Desde 1967 trabaja como crítico y redactor de la revista "Theater Heute", y desde 1970 hasta 1974 colabora con Peter Stein y la Schaubühne de Berlín en adaptaciones y traducciones de obras como *Peer Gynt* (Ibsen), *El príncipe de Hamburgo* (Von Kleist), *La hucha* (Labiche) y *Veraneantes* (Gorki).

En 1979, *Trilogía del reencuentro* es nombrada obra del año por la revista "Theater Heute", y en la temporada teatral de 1979/1980 *Grande y pequeño* es la obra contemporánea de un autor alemán más representada en el extranjero. Con *Kalldewey, farsa* obtiene en 1982 el premio dramático más importante de la RFA (Mühlhausner Dramatikerpreis). En 1989 es nombrado por quinta vez en la revista "Theater Heute" autor del año, y obtiene el Premio Georg Büchner, el más prestigioso de las letras en la RFA. Junto a Peter Handke, Thomas Bernhard y Heiner Müller es el autor de lengua alemana más representado en el extranjero.

TEATRO

Los hipocrondríacos (1972), estreno mundial en el Deutsches Schauspielhaus de Hamburgo, bajo la dirección de Claus Peymann.

Caras conocidas, sentimientos revueltos (1975), estreno mundial en el Württembergisches Staatstheater de Stuttgart, bajo la dirección de Niels-Peter Rudolph.

Trilogía del reencuentro (1977), estrenada en el Deutsches Schauspielhaus de Hamburgo, bajo la dirección de Dieter Giesing.

Grande y pequeño (1978), estrenada en la Schaubühne de Berlín, bajo la dirección de Peter Stein.

Kalldewey, farsa (1982), estrenada en el Deutsches Schauspielhaus de Hamburgo, bajo la dirección de Niels-Peter Rudolph.

El parque (1984), estrenada en el Teatro de Friburgo, bajo la dirección de Dieter Bitterli. En un principio iba a estrenarla mundialmente Peter Stein en la Schaubühne, pero problemas técnicos le obligaron a aplazar el estreno.

La ciccerone (1986), estrenada por Luc Bondy en la Schaubühne de Berlín.

Visitantes (1989), estrenada por Dieter Dorn en Münchner Kammerspiele de Munich.

El tiempo y la habitación (1989), estrenada y dirigida por Luc Bondy en la Schaubühne de Berlín.

NARRATIVA Y POESÍA

- 1963. "Tributo a los tiradores" (Poesía).
- 1975. "La hermana de Marlene" y "Teoría de la amenaza".
- 1976. "Proximidad insuperable" (Poesía).
- 1978. "La dedicatoria".
- 1980. "Rumor" y "Paisaje de recorridos" (Poesía).
- 1984. "Parejas, transeúntes" y "El hombre joven".
- 1985. "Recuerdo de aquel que fue huésped por sólo un día" (Poesía).
- 1987. "Nadie más".

BOTHO STRAUSS

**GRANDE
Y PEQUEÑO**

TRADUCCIÓN: ISABEL NAVARRO RAMIL

I

MARRUECOS

LOTTE, unos treinta y cinco años, sola. Muy arreglada, una turista por la noche en un país meridional. Pantalón claro, una blusa de colores muy vivos, un moño postizo a la altura de la nuca, pendientes grandes, pestañas y uñas postizas.

Está en una mesa del comedor del hotel. Detrás de ella, una persiana extraordinariamente grande, entreabierta, filtra la luz de la luna y la silueta de dos hombres que se pasean fuera, en la terraza.

LOTTE. ¿Oyen?

Ahí fuera, dos hombres yendo y viniendo.

Sin parar.

Sus voces suaves. ¿Oyen?

¡Una locura!

(Se frota una oreja. Repite, cambiando la voz, una frase recogida al vuelo.)

“Entonces se hacían verdaderos milagros...”

¡Una locura!

¡Qué voces tan graves tienen esos tíos!

Esos no son de nuestro grupo “Siesta”.

Seguro que vienen de otro sitio.

Que Dios me proteja en el calor de la noche.

¡Cómo suena! Padre, padre...

¡Esos tipos no son de nuestro grupo!

¡En mi vida he oído sonidos tan... tan armónicos!

Sería mejor no escucharlos.

¡Pero, qué se le va a hacer?

No se puede dormir con esas voces extraordinarias.

Uno de ellos dice:

“¿Por qué no volvemos a considerarlo todo con calma desde el principio, Frieder?”

Sí, Frieder es el otro.

Frieder dice: “Así no avanzaremos nada y tenemos que avanzar.

Por eso propongo que sigamos directamente hacia adelante, sin retroceder un paso”.

Sí, silencio. Ahora se callan.

Retoman su paseo.

¡Estas sí que son mentes lógicas!

Marruecos, ¡qué locura!

Hay que haberlo visto.

Al principio éramos un buen grupo.

Nos entendíamos bien; pero luego...

Un calor infernal. Entretanto andamos todos casi a la greña.

¿Han oído?

El uno le llama Frieder al otro,

pero Frieder no le nombra al otro.

Así están desde hace horas. ¡Qué locura!

Frieder nunca llama al “No-Frieder” por su nombre.

Estoy esperando saber por fin

cómo se llama el “No-Frieder”.

Estoy esperando que a Frieder se le escape el nombre del “No-Frieder”.

Por lo menos un pequeño An..., o

Bar..., o Vic..., Si..., Ro..., Gus..., Jor...

¡Qué locura!

Me gustaría tener el sosiego de una mente lógica.

(Bebe un trago de agua mineral.)

Toda la casa, llena de gente injusta.

Allí, afuera, hay dos desconocidos

y sus voces son un alivio.

Mientras van caminando siempre

queda la esperanza

de que echen un vistazo por aquí.

Ya lo ven: aquí, en la sala

aún hay luz; eso, seguro que

lo han visto.

Cuando oiga que bajan por la terraza
y que se dirijen por la entrada principal
a sus habitaciones,
entonces sabré que ya no entrarán
—como yo pensaba—
para invitarme a una copita.
Ya lo ven, no se puede decir que me rejuvenezca
estar aquí sentada.
Cuando estén en la cama
sabré con toda seguridad
que este día tampoco
me trajo nada nuevo, absolutamente nada.

Aún me quedan once días en Agadir.
El tiempo pasa.
Lo único que he hecho hasta ahora
ha sido engordar.
Sencillamente: nada me sale bien.
El tiempo pasa, pero mal.
Parece que tuviera correo en el buzón de casa.
Veo un sobre grande
con la dirección escrita a mano;
66, Saarbrücken, calle Trece de Enero, núm. 8.
¡Qué locura! ¡Quién me escribe?
El club de lectores me envía su prospecto anual.
Bueno. Mejor que nada.
Por un pelo me quedo sin correo.
¡Mira!
¿Lo oyen? El uno...
Tiene voz de médico jefe.
El “No-Frieder” habla.
Dice..., ¡un momentito!, ...o algo así...
Dice algo así como...
Difícil. Algo así como “los elementales...”
“Lo elemental...” ¡Qué locura!
Con esa voz no entiendo casi nada...
¡Qué voz! ...¡Como música!
Acaba de decir “Precaución”
Hay que haberlo oído: ¡Precaución!
¡Fantástico!
Así son las mentes lógicas,
¡y encima alemanes!

Seguramente Frieder es el cabecilla de ellos.

Eso ya se sabe, porque

“No-Frieder” se dirige a Frieder a menudo por su nombre, mientras que Frieder nunca nombra a “No-Frieder”.

Aunque se le podía escapar alguna vez...

¿De qué hablan?

¿A qué se refieren?

Se trataba de “eso”.

Se trataba de lo esencial.

Luego..., los elementales...,

los elementales... Hm-hm-hm.

(Marca la primera sílaba.)

¿Qué querrán decir?

A ver..., a ver...

Alguien ha atravesado el Rubicón.

Fulano ha atravesado el Rubicón.

Dijeron un nombre.

Pero no significaba gran cosa.

Un vocablo inferior, una palabrita de nada.

Una de esas palabritas que no resuenan en el pecho

y sin esa resonancia las palabras les suenan

a Frieder y a “No-Frieder” como si pasara

un ratoncito por encima de un timbal.

¡Atención! Frieder...

(Sonríe; muy deprisa, staccato)

“reluciente de alegría”

(Divertida)

“claro”, “claro”

No-Frieder: “absolutamente”, “decisivamente”

(Más seria y más deprisa)

Frieder: “Inmoralidad y... están domiciliados en...

avidez y codicia por...”

¿Qué? No lo entiendo...

“No-Frieder”: “Codicia... El rechinar de dientes del ego”

Frieder: “Insatisfactorio”

“No-Frieder”: “Codicia...” “Diferencias entre aquellos que...

sólo codicia...

(Más despacio)

y aquéllos
a pesar de la codicia...”
Fin. Codicia.
Qué locura. Tan deprisa.
Las mentes lógicas están a la cabeza.
Ahora se dan dos o tres vueltecitas,
ahora están repasando lo que acaban de decir tan
deprisa.
Bellas voces.
Maravilloso sonido.
Lo dicho, ¡una delicia!
¿De qué estaban hablando ahora, hermanita?
Dios, ¿de qué estaban hablando?
De embriaguez.
De codicia.
Pero no me preguntes.
No soy de las que se acuerdan de todo.
No soy un prodigio de memoria.
Nunca lo he sido.
He dicho codicia, ¿no?

Mientras van caminando
cabe la posibilidad de que más tarde
echen un vistazo por aquí
para tomarse unas copitas y hablar un rato conmigo,
a no ser que decidan bajar a la playa
para entrar luego por la puerta principal
hacia arriba.
Con este calor infernal
no hay quien pueda dormir
el sueño de los justos.
Sólo los que hoy han hecho algo,
o sea, los que han participado en la excursión a
Marrakech y han vuelto tarde,
estarán durmiendo como lirones.
Yo no fui.
Tal como está el grupo, completamente peleado...
Me gusta sentarme durante el día en el hall,
siempre corre un airecito fresco.
Las mujeres chillan a sus maridos,
una a una se les va cayendo la careta.
Los hombres les vociferan a las mujeres

en medio del desierto.

Yo no quiero tomar parte en ninguna excursión, ni fiesta, ni demás extras.

Desde el principio
no reservé ningún "extra".

(Bebe)

Codicia, envidia, desinterés,
avaricia y una ambición ciega:

esas son las pasiones centrales que amargan al grupo "Siesta".

Y la embriaguez.

Y...

eso siempre se te olvida,

Frieder,

en cuanto abordemos este asunto,

en esto hay una falta de lógica,

y, como decía, creo que es la diferencia entre los que se lo pueden permitir todo y los menos pudientes, que por regla general sólo pueden permitirse lo indispensable de lo mejor que ofrece el programa, es decir, nada de "extras".

Así hablan. ¡Qué disparate!

Exactamente así.

Más o menos así es como hablan.

Claro, con un matiz intelectual.

Hablan de problemas diferentes.

Pero, quiero decir, la manera
es más o menos la misma.

Esas voces graves.

¡Dios me valga!

Por todas partes desorden.

Durante años y años

desorden y mala pata,

mentiras e infidelidades

—las de Paul en Saarbrücken—,

vivir divorciados,

y luego hombres como Frieder y "No-Frieder".

¡Qué amistad! ¡Qué lógica!

¡Qué voces!

Pronto se aprende...

¿Oyen?

Vuelven a empezar.
 Frieder, algo así como
 “valle de lágrimas”.
 Bonito, ¡qué bonito!
(Canturrea un poco)
 “valle-de-lágrimas”.
 ¡Qué locura!

No-Frieder:
(Imita con rapidez)
 “la tierra se mueve o remueve”,
 “el hombre pierde la imagen del hombre”.
 La tierra se mueve o remueve.
 “¡Para!”, dice Frieder,
 “esto merece que lo pensemos bien”.
(Descontenta.)
 La tierra se mueve o remueve.
 Pues no es para tanto. Vuelven a callar.
 Algo así, como...
 Un hombre ha perdido una imagen.
 ¿O una cara?
 Carta o cara, puede que me equivoque.
 No ha sido demasiado estimulante.
 Una imagen, bueno.
 Perdida. Bien, bien.
 ¿Y eso es todo?
 Casi se le escapa el nombre del “No-Frieder”.
 “¡Para!”, ha dicho Frieder, ¡exacto!
 Claro que ha dicho “¡Para!”
(Intenta encontrar el nombre a partir del ritmo.)
 Hmhm... hmhmhm...
 ¡En la punta de la lengua!
 A..., Enr..., Ro..., Ber..., o Car...
 Tendría que habersele escapado.
 Mierda.

Aún quedan once días en Agadir.
(Canta en voz alta)
 Valle-de-lágrimas.
 Dos hombres, ¡qué locura!
 Yo no diría que andan de puntillas precisamente.
 Hombres de edad madura
 sobre suelas de cuero, zapatos elegantísimos,

van dando vueltas.

Cómo que se oye perfectamente el crujido allí fuera, en la terraza.

Arena, cuero y piedra.

Se oye crujir bajo un cierto peso,

no llevan sandalias,

evidentemente, ni zapatillas de esparto.

Seguramente un traje de chaqueta claro, color crema, el uno, y blanquísimo, el otro.

El uno con una corbata roja burdeos, lleva la camisa un poco abierta y el nudo flojo.

Esa garganta, ¡con esa voz!

Inconfundible el roce de la tela del pantalón.

El uno juega con el mechero y monedas que tiene en el bolsillo del pantalón.

Me parece que es "No-Frieder", mientras piensa.

Frieder, el cabecilla, no necesita jugar con el mechero para pensar.

¡Ay!, me gustaría ser Frieder

o "No-Frieder" y pasearme esta noche

con Frieder o "No-Frieder"

de un lado para otro

al mismo paso...

No, no. Si yo no quiero nada.

Además, ¿quién soy yo?

Sólo quiero oírles hablar.

¡Mi querida pareja feliz!

Hablad, ¡mis voces inseparables!

Un día en Marrakech

me cuesta 142 marcos

aparte de los gastos extraordinarios.

Luego hay que contar las visitas a los mercados.

O sea, las compras; sin las cuales no merece la pena haber estado en Marrakech.

Además, esa multitud de mendigos,

las frutas, las bebidas y las comidas fuera.

Luego este calor insoportable, y que no siempre

me sienta bien viajar en autobús; total,

el miedo continuo

¿lo aguantaré hoy, sí o no?

Y siempre el sudor frío, porque no se sabe si el autobús parará en caso de que me indisponga, además de saber cómo nos odiamos todos, todos contra todos.

¡Mira!

¡Frieder!

(Se levanta de un salto; se ríe, contenta; intenta entender)

¿Qué?, ¿qué?, ¿qué?

(Conmovida por la voz, avanza unos pasos en dirección contraria al lugar de donde vienen las voces)

Sí, sí.

Me temo...mo...mo...

(Habla con entusiasmo.)

Y el hombre desaparecerá de la tierra y de todas sus obras.

Tras él se sonrojará

la tierra de vergüenza y fertilidad.

Los jardines y los campos ocuparán las ciudades vacías, los antílopes apacentarán en las habitaciones, y el viento pasará delicadamente las páginas de los libros abiertos.

La tierra no tendrá seres humanos, y florecerá.

La esperanza, liberada de todos los profetas, será desencadenada y actuará con fuerza en el silencio.

El mar se mecerá aliviado de todo peso.

La tierra caminará, sin ser hollada,

y el aire jugará con las flores.

Así será durante 1.260 días.

(Otra vez para sí)

1.260 días.

¿Y eso? ¿Cómo se me ha ocurrido? ¿1.260 días?

Eso son cuatro años.

Casi cuatro años. ¿Cuatro años, de qué?

(Escucha)

Ahora están quietos.

Ya no caminan.

Cielo santo, ¿qué he dicho?

Están quietos.

Les oigo: están quietos,

¡escuchan! Me están escuchando.
Dios mío, haz que vuelvan a caminar...

¡Me están escuchando!

(Se tapa la boca)

“No-Frieder”: “Me pareció oír gritar a alguien en la casa”.

Frieder: “A mí también me lo pareció. Pero ahora ya no se oye.

O ha pasado la desesperación...”

“No-Frieder”: “... o la alegría...”

Frieder: “... o se volverán a oír gritos.”

Callan. Se miran las puntas de los zapatos.

Levantán las cabezas, se oye perfectamente cómo mueven la cabeza.

¡Qué locura!

Andan. ¡Dios santo! ¡Han vuelto a caminar!

(Se deja caer en la silla)

Dios mío...

¡Qué fuerza!

(Durante las últimas frases se va quitando pieza tras pieza: el moño postizo, los pendientes, las pestañas, etc..., y lo coloca sobre la mesa delante de ella.)

¡Qué tonta yo!

¡Qué tonta!

No me resulta fácil pasarme las vacaciones sin hablar ni una palabra, día tras día, sin un diálogo. Por la noche se me escapa con facilidad alguna palabrita y yo, ni me doy cuenta.

Hablo de cualquier cosa, convencida de que estoy pensando.

¡Qué le voy a hacer!

Sólo hay que saber que es así; después ya te encuentras mejor.

(Se calla y escucha)

Bonitas voces.

¿Oyen?

Hablan sin parar.

Hoy es aún mejor que ayer.

(Sonríe)

¡Qué locura!

Oscuro

II

LA VIGILIA VELA NOCTURNA

LOTTE, EL HOMBRE, LA MUJER. El dormitorio de la mujer, por la mañana. Ventanas con las cortinas corridas. La mujer está durmiendo en la cama. El hombre está sentado en una silla a su lado. La chaqueta del traje cuelga sobre el respaldo, la camisa desabrochada, los cordones de los zapatos desatados.

MUJER. *(Despierta bruscamente).*
¿Qué pasa?

HOMBRE. Tranquila. Duerme. No pasa nada.

MUJER. ¿No me acabas de llamar?

HOMBRE. No.

MUJER. ¿Qué haces en mi habitación?

HOMBRE. Estoy sentado aquí.

MUJER. ¿Desde cuándo?

HOMBRE. Toda la noche.

MUJER. ¿Toda la noche?
¿No tienes que arreglarte?

HOMBRE. Hoy no voy.

MUJER. ¿Pasa algo?

HOMBRE. No.

MUJER. ¿Por qué no estás en tu cama?

HOMBRE. No tenía ganas.

MUJER. Hoy tengo que ir a recoger a los niños.
¿Qué tiempo hace?

HOMBRE. Niebla. Me parece que hay niebla.

MUJER. ¡Qué lata! No me gusta conducir con niebla.

HOMBRE. Podría conducir yo.

MUJER. ¿Quieres ir tú a recoger a los niños?

HOMBRE. Podríamos ir juntos.

MUJER. Rosa no lleva abrigo.
(Retira la manta y se sienta)
¿Qué hora es exactamente?

HOMBRE. Las ocho y cuarenta minutos.

MUJER. Hace rato que tenías que haber salido.
¿He dicho algo?
¿He soñado en voz alta?

HOMBRE. No.

MUJER. ¿Querías sonsacarme algo? ¿O qué?

HOMBRE. No.

MUJER. ¿Hay algún asunto pendiente? ¡Di!

HOMBRE. No. Podríamos ir a recoger a los niños juntos.

MUJER. Oye, mira, tú estás ahí sentado en mi habitación, escuchando lo que digo mientras duermo... No me parece bien, ¿a ti qué te parece?
(Como él no contesta, se vuelve hacia él.)

¡¿Eh?!

(Él se encoge de hombros.)

¡No seas tan cabezota! ¿Dime qué significa que estés aquí sentado durante toda la noche, escuchando?

HOMBRE. No quería escuchar. No lo hice con ese propósito.

MUJER. Ahora me pasaré todo el día rompiéndome la cabeza para saber qué significa eso de pasarse toda la noche aquí sentado y escuchando mientras yo duermo. Siempre se te ocurre algo nuevo para complicarlo todo cada vez más..., ¡cada vez más!

HOMBRE. En principio...

MUJER. Escucha, ¿qué es lo que pretendes de mí?

HOMBRE. En fin: ¿qué hay de complicado?

MUJER. Todo. Todo lo complicas aún más.

HOMBRE. En principio es algo muy sencillo, algo completamente sencillo, el hecho de que haya alguien sentado a tu lado y te esté velando mientras duermes, en realidad es algo más bien tranquilizante.

MUJER. Puede ser bonito cuando te dicen que te velan. Puede ser bonito cuando se sabe que al dormirse hay alguien que te vela. Pero tú, tú te introduces de noche insidiosamente en mi habitación y yo siento, inconscientemente, que hay alguien en mi habitación, algo que respira, y yo te digo: ¡eso es, sí, siniestro!

HOMBRE. ¿Cómo quieres que te avise antes: "ahora voy a velarte"?

Nadie dice una cosa así antes de hacerla.

Estás buscando el malentendido.

MUJER. Claro, no se dice, y luego yo tengo pesadillas. ¿Y cómo salgo yo luego de ellas? Eso no es asunto tuyo, ¡claro!

¿Cómo me las arreglo yo para salir, eh?

Toda la ciudad caía por la pendiente precipitándose en el río, y yo, que era una niña pequeña, estaba allá enfrente, en la salita del mayor de los Birkholz.
(El hombre se levanta y se dirige hacia la ventana.)

HOMBRE. En general has dormido tranquila. Hasta el amanecer, cuando empezaba a clarear.
(Toda su atención está dirigida hacia la cortina; la mujer le mira.)

La cortina es demasiado fina.

Antes teníamos esos estores gruesos.

Quizás habría que tener unas persianas fuera, o aquí dentro, algo más que las cortinas...

MUJER. Bobo.

HOMBRE. Necesitas más oscuridad por la mañana.

MUJER. Bobo.

HOMBRE. ¡Ah!, sabes...

(La mujer intenta levantarse pero vuelve a caer en la cama.)

MUJER. ¿Cómo salgo yo ahora de esta pesadilla? ¡Estoy tan echa polvo!
(Se levanta, se va al baño de al lado. El hombre retira las cortinas, abre la ventana.)

HOMBRE. *(Para sí.)* Ella puede, tiene que hablar así porque es una mujer maravillosamente bella. No se puede permitir una mala noche; no vuelvo a hacerlo nunca más.

(Se sienta en una silla.)

Ya asoma el sol entre la niebla.

Se alegrará.

Ya sé que sobre todo quiere estar contenta; está obsesionada por estar de buen humor.

Busca la alegría de vivir a cada paso y a cada saludo, pero entretanto se ha vuelto tan amargamente nerviosa que ya casi no aguanta el ruido que provoca la alegría.

A veces, estando entre buenos amigos, es inevitable oír el estallido de una risa escandalosa que viene de la otra punta de la habitación; entonces ella, suelta un gemido, cae de rodillas, sale de un salto, aterrorizada como una gata.

Como no sabe de qué se están riendo, piensa que se burlan de ella, y sólo cree escuchar gritos de aves rapaces sobre su cabeza.

Eso es lo que ella misma dice.

Y entonces tengo que frenarla. La llevo con toda calma a su habitación y dejo que se desahogue conmigo, gritando entre su miedo y sus maldiciones —vulgar y ciega— todo lo que le oprime el alma. Entonces grita. Yo estoy allí sentado, y ella fuera de sí. No hace falta que diga nada y a pesar de todo la puedo ayudar. Ella misma lo reconoce. A veces vuelve a reunirse con la visita, otras no. A veces no. *(LOTTE se apoya en la ventana abierta desde la calle. Lleva un traje de chaqueta algo pasado de moda.)*

Desde que conozco la preocupación no necesito ni alegrías ni ilusiones.

La preocupación es capaz de llenar completamente al hombre; la alegría nunca podrá conseguirlo.

LOTTE. ¿Con quién habla tan bien?

HOMBRE. Estaba pensando en mi mujer.

LOTTE. La conozco de vista. Siga hablando tranquilamente.

HOMBRE. Nada me podrá apartar nunca de esta persona, ni siquiera los hijos, el amor a los hijos. Quiero mirarla a ella con mi última mirada y cogerle las manos cuando un día se termine la fiesta.

(La mujer vuelve del baño.)

MUJER *(a LOTTE)*.

¿Quién es usted?

LOTTE. La conozco de vista.

MUJER. ¿Usted es...?

LOTTE. Yo soy Lotte.

MUJER. ¿Y?

LOTTE. Y, nada.

MUJER. Se apoya en nuestra ventana, ¿por...?

LOTTE. Porque oí hablar a su marido, y sonaba tan bonito.

MUJER. *(A él.)*
¿Hablabas? ¿De qué?

HOMBRE. De nada.

MUJER. ¡Claro! ¡Después de traspasar tanto...!

LOTTE. ¿Ha traspasado?

(La mujer saca vestidos del armario, los coloca sobre la cama para elegir uno.)

MUJER. ¿Usted es enfermera en la clínica del profesor Tischner?

LOTTE. No. Soy dibujante. Pero trabajo por mi cuenta. Antes daba gimnasia terapéutica, o sea, que no estaba usted tan equivocada. Pero en el hospital municipal y como empleada.

MUJER. Sí, he estado allí.

LOTTE. Mi marido es el escritor Paul Liga. ¿Lo conoce?

MUJER. No.

LOTTE. También escribe bajo el nombre de Smoky. ¿No le dice nada?

MUJER. Que yo sepa no.

LOTTE. Usted no sólo es bella. Además tiene cosas bellísimas para vestir.

MUJER. ¡Déjese de bromas!

LOTTE. No es broma.

MUJER. No me lo creerá: hace meses que no me compro nada.

LOTTE. En Saarbrücken sigue atrayendo la atención de todo el mundo.

MUJER. No tengo ganas de nada.

Durante muchos años he intentado hacer todo lo posible para darle un poco de atractivo a este pueblucho inmundo.

Ya no tengo ganas, no puedo más.

La gente ni se da cuenta.

LOTTE. Usted tiene suerte: tiene un estilo muy personal.

MUJER. Pero noto que la gente odia precisamente eso. Odian mi estilo personal.

Me odian de arriba a abajo: mi cara, mis coloretes, mi blanco.

Hoy en día no me puedo parar ante un escaparate sin el miedo permanente de que venga alguien por detrás y me meta la cabeza en el cristal.

HOMBRE. Probablemente sólo es la punta del iceberg de la histeria general de nuestros tiempos.

LOTTE. La punta del iceberg. ¡Ja, ja!

MUJER. Una afirmación presuntuosa, ¡Egbert!

LOTTE. La punta del iceberg. ¡Ja, ja! Una comparación acertada, ¡Egbert!

MUJER. ¡Cuidado!

LOTTE. Sí.

Me gustaría volver a verla vestida con ese tono discreto que llevaba hace dos años durante los campeonatos regionales de tenis.

MUJER. ¿El tono discreto? ¿Se refiere a un vestido de tres cuartos, color beige?

LOTTE. Sí.

MUJER. De "Chanel".

(Se dirige al armario, saca un vestido.)

¿Este?

LOTTE. No, no era ese.

MUJER *(Busca)*.

El de tono discreto de hace dos años...

¿Este?

LOTTE. No, ese tampoco.

Mire allí, al lado del vestido plisado color verde musgo.

MUJER. ¿Este?

LOTTE. No. Delante de ese.

MUJER. ¿Este?

LOTTE. El de más allá.

MUJER. ¿Este?

LOTTE. Sí. Ese era, ¡ese!

MUJER. ¡Pero si no es beige!

LOTTE. Póngaselo un momento por encima, sólo para que yo se lo vea...

MUJER. ¡El vestido oscuro de “Misoni”!
Jamás en la vida me lo puse para los campeonatos
de tenis.

LOTTE. Sí, sí, ¡se lo juro! El tono discreto...

MUJER. Se lo podría demostrar con sólo mirar en
mi diario: este no me lo he puesto desde el
nacimiento de Martina.

LOTTE. ¡Es igual. Me gustaría vérselo puesto!
¡Por favor!

(La mujer se pone el vestido.)

LOTTE. Yo pensaba entonces: allí ella está sentada,
como aquellas maravillosas mujeres de aquellos
tiempos, por las que luchaban los caballeros en los
torneos...

¡Magnífico! ¡Es magnífico! ¡Estupendo!

¡Un tono tan discreto, tan íntimo, tan suave y con
tan buena caída!

MUJER. Crêpe de Chine. Un poco fúnebre.

(Se pone medias.)

LOTTE. En la Edad Media el centro de atención
era la maravillosa imagen de la mujer, porque en
aquella época ella significaba para el hombre el
primer paso hacia Dios.

MUJER. Y sigue siéndolo, hoy como entonces.

LOTTE. Sólo que hoy en día nadie busca a Dios.
¿Quién quiere llegar hoy más allá de la mujer bella?
Para el hombre se ha convertido en finalidad
absoluta.

(La mujer se cepilla el pelo.)

MUJER. ¿Qué le vamos a hacer? ¿No será usted
una de esas de la iglesia?

LOTTE. No.

MUJER. ¡Vamos!

LOTTE. Solamente me gustaría saber cómo puede contentarse usted con Saarbrücken.

MUJER. No estoy contenta con Saarbrücken. ¿Cómo puede creer una cosa así de mí?

LOTTE. Usted debería dejar que la admiraran. También en las grandes ciudades.

(El marido está mirando como un partido de tenis, entre LOTTE y su MUJER, se reprime la risita burlona y sacude la cabeza.)

MUJER. ¿Cómo? ¿Metiendo a los niños en las maletas?

LOTTE. El que no se deja admirar, decae. Camine por la habitación. Se lo ruego, por favor.

MUJER. Prefiero que me vean quieta, de frente.

LOTTE. ¿Tiene algo que ocultar que no sea tan bello?

MUJER. No. Nada.

Es demasiado temprano para saber qué zapatos serían los adecuados.

No sé cuáles.

¿Cuáles son hoy los únicos adecuados?

Egbert, ¿qué te vas a poner hoy, que no vas a la oficina?

HOMBRE. ¿Yo?... Pensaba ponerme el de rayas finas.

MUJER. ¿Ese viejo de rayas?

Con ese le irían... le irían... No. Mierda.

En fin, entonces yo debería sacar el viejo vestido de "Pucci" de la buhardilla.

HOMBRE. No, no. Por favor, me ajusto a lo que tú quieras. Entonces me pongo a lo mejor...

MUJER. ¡Quizás el pantalón azul oscuro!

HOMBRE. Nolens volens.

(Da unas palmadas.)

¡Ay, sí! ¡Está bien! ¡Muy bien!

Así podré probar por fin mi chaqueta de seda de "Brosoli".

LOTTE. Ahora ande un poquito.

Aunque sólo sea con medias, a mí me da lo mismo. Por favor, se lo pido.

(La MUJER se levanta, titubea.)

¡Sí! ¡Ande! ¡Venga! ¡Ahora les toca a los pies!

(La MUJER anda de un lado para otro, cada vez con más donaire.)

¡Sin dejadez! ¡Sin arrastrar nada! ¡Más deprisa!

¡Tip-top, tip-top, tip-top!

¡Ay!, cuando cierro un poquito los ojos la veo lejos como a un ídolo...

Es bueno para recordar, muchas gracias.

Está hecho para recordar.

¡Ande! ¡Ande! ¡Y vuelta!

Lo que a usted le falta son miles de personas que la envidien.

¡Lo que a usted le falta es una pasarela, cenas de gala y algún tête à tête al más alto nivel!

MUJER. ¡Ese es mi mundo!

LOTTE. ¡Y nada más que eso!

MUJER. ¡Y nada más que eso!

HOMBRE. *(Ríe.)*

¡Qué tontería!

MUJER. Ha sido usted muy amable.

Me encuentro muy bien.

Unas buenas palabras por la mañana me sientan mejor que la gimnasia.

(Se sienta en una silla.)

LOTTE. Ahora vamos a buscar los zapatos que hagan juego.

MUJER. Egbert está poniendo mala cara.

En su empresa sólo trabajan tres empleados. Cuatro hombres con todo lo que significa la exportación. Vamos saliendo adelante. Pero desde hace quince años ya no se entera de lo que pasa con la gente y con el país.

LOTTE. Buscar zapatos. Contemplar joyas. ¡Seguir siendo una personalidad!
¡Sombreros, abrigo, capas y pañuelos!

MUJER. Le pido ahora que deje de hacer ese circo.

LOTTE. Pero por lo menos nos conocemos un poco más ahora, espero.

MUJER. Ahora hay otra persona más en Saarbrücken a la que hay que saludar.

LOTTE. ¿Cómo?
Pero, ¿qué te has creído?
¿Que te tomaba el pelo? ¿Que todo era cuento?

MUJER. Más o menos.

LOTTE. ¡Qué va! ¡Sólo es por mi manera de ser..., es mi manera de ser!
Uno no se conoce, da vueltas, se dice cualquier cosa a la ligera. ¡Créme, yo quiero conocerte!

MUJER. ¿Y yo qué sé quién eres tú?
No quiero que nadie me tome el pelo.
Tu manera de ser... Sí, una manera de ser simpática.
Pero esta manera de ser no dura demasiado.

LOTTE. Soy tan libre como para poder llegar a tu interior.

MUJER. Yo soy una familia.
No busco contactos con gente desconocida.

LOTTE. ¿Y cómo quieres que comprenda eso?

MUJER. Sencillamente, tienes que comprenderlo.

LOTTE. De todas formas hay tantas cosas que contarse cuando se inicia una relación.

MUJER. Nosotras no tenemos ninguna clase de relación.

(Se levanta, se acerca a la ventana, quiere cerrarla.)

LOTTE. Escucha. ¡No!

Las cosas que me interesan son: dibujo, lectura, idiomas, la actualidad.

¡No!

¡Vamos a dar una vuelta!

¡Déjame escuchar una vez a tu hijo!

MUJER. ¡Mis hijas! Son dos. Rosa y Martina.

(La mujer cierra la ventana, corre la cortina. El hombre empieza a hablar con inquietud.)

HOMBRE. Qué extraño que nadie llame de la oficina preguntando por mí. Me gustaría que Schönborn, Körner y Berkenrath hicieran hoy como yo, y se quedaran esta mañana en sus casas con sus mujeres. No hace falta que vendamos tantas válvulas magnéticas, no hace falta. El avance de la electrónica, como tú dices que lees en las revistas, no nos preocupa de momento. Al contrario, se han podido aumentar las ventas. La válvula magnética. O el "chisme", como dices tú.

(Saca una válvula magnética de oro del bolsillo.)

Este "chisme" forja toda una existencia. Mi especialidad, sin la que no se podrían instalar ventilaciones en los acuarios ni en Basilea ni en Bogotá. Gracias a mí, esto sale ahora de Alemania a todo el mundo. Entre todas esas preciosas mercancías con las que comercia el hombre, yo ofrezco este "chisme" tan feo. Tiene gracia. Y aun así me lo regalaste en oro cuando cumplí cuarenta años, porque oro es lo que nos ha dado hasta ahora. Sí, soy el primero en reírme de mí mismo. Pero, mira, mi propia dignidad empieza contigo. Tú eres mi dignidad. Deja que lo material sólo sea una comedia, déjalo ahí, abajo, que se ría y grite tranquilamente.

Aquí arriba que haya seriedad y silencio. Aquí arriba estamos nosotros.

MUJER. ¿Qué te pasa? ¿Qué?
No duermes en toda la noche.
Hablas solo, en voz alta, y llamas la atención de la gente. ¡Deliras!
No vas al despacho.
¿Qué será de nosotros?

HOMBRE (*en voz baja*). Por favor, con un poco de delicadeza será mejor.

Oscuro

III

DIEZ HABITACIONES

1

La habitación. Espacio vacío. En la pared del fondo, a la derecha, una puerta; a la izquierda, una ventana. Luz clara. Ventana, puerta y todas las proporciones del espacio aumentadas de tal manera que una persona adulta resulte sorprendentemente pequeña en él. En medio de la habitación hay un impermeable arrugado, sucio, en el suelo. Se oye correr a LOTTE por las escaleras de la casa, por el pasillo. Alguien llama a la puerta. LOTTE baja el picaporte. Una llave grande que estaba a medio colocar en la cerradura, cae en la habitación. La puerta queda sin abrir.

LOTTE. *(Desde fuera.)*

¡Eh, viejo!

¡Abre!

(Escucha.)

Soy yo, Lotte...

(Llama más suave; en voz baja.)

¿Cariño...?

(La luz disminuye.)

¿Cariño?

(Primero despacio, luego cada vez más rápido, se alejan unos pasos por las escaleras).

Oscuro

2

Otra vez la misma habitación. Espacio vacío. Claro. Una MUJER GORDA. El brazo izquierdo, desnudo, está vendado con un pañuelo de flores bordadas. Busca una posición cómoda para inyectarse la morfina. Se inclina, se apoya en la pared, se agacha, se arrodilla y finalmente se sienta en el suelo.

LOTTE abre la puerta y se queda parada al ver a la mujer. Lleva un abrigo abierto sobre el traje de chaqueta gris azulado. En la mano izquierda, un televisor portátil; bajo el brazo derecho, una carpeta de dibujo.

LA MUJER GORDA. O dentro, o fuera.

(LOTTE cierra muy despacito la puerta. La mujer se inyecta.)

Oscuro

3

La habitación. Ventana abierta. Una pequeña tienda de campaña para una persona; en el piquete delantero hay un guante colgado. La tienda encierra un cuerpo como si fuera una prenda de vestir. El cuerpo respira fuertemente.

LOTTE entra por la puerta. La tienda retrocede asustada hacia un lado.

LOTTE cierra la puerta de un portazo y sale corriendo.

Oscuro

4

La habitación. Un matrimonio mayor. El hombre le está dando un masaje a su mujer, que está con la espalda desnuda inclinada hacia la ventana.

LOTTE llama silenciosamente a la puerta, entra sin esperar respuesta. Los dos viejos se incorporan y la miran.

VIEJA. *(En voz baja).*

¡Rosa...!

¡Dios santo, la pequeña!

LOTTE. Perdone...

VIEJO. Por favor, salga un momentito nada más.
(LOTTE retrocede, cierra la puerta.)

VIEJO. No era Rosa, mamáita, ¿me oyes?

VIEJA. Ahora viene Rosa a vernos. ¡Qué alegría!

VIEJO. Tranquila, tranquila.

VIEJA. Pensaba que la pequeña estaba delante de la puerta.

(Él le acaricia la nuca.)

VIEJO. Sí. No era Rosa.

VIEJA. No. ¿Quién sabe?

VIEJO. Bueno. Ahora salgo y llamo a la señorita.

VIEJA. ¡Cómo se parecía a primera vista!
¡Dios mío, que alegría me dio!

VIEJO. *(Abre la puerta).*

Ya no está. Se ha ido.

VIEJA. ¿Se ha ido?

No tenías que haberla dejado marchar.

(Cierra la puerta y vuelve.)

VIEJO. No. Quizás. Por otro lado, no querría nada de nosotros.

VIEJA. Desaparecer así...

Es como si realmente hubiese sido Rosa.

VIEJO. Piénsalo. Es imposible.

(La VIEJA se vuelve a inclinar, el VIEJO continúa el masaje en la espalda.)

VIEJA. Con los desaparecidos nada es imposible.

VIEJO. Pero Rosa..., si algún día Rosa abriera la puerta, tendría un aspecto mucho mayor que entonces. Ahora quizá tenga el aspecto de la señora del primer piso.

VIEJA. ¿Como Inge? No creo.

Oscuro

5

La habitación. En el suelo un hombre joven, apoyado contra la pared, toca suavemente la guitarra. LOTTE abre la puerta, escucha un momento. Luego cierra la puerta muy despacito.

GITARRISTA. ¡Quédate!

(LOTTE vuelve a abrir la puerta, sólo una rendija.)

LOTTE. ¿Qué?

GITARRISTA. ¡Quédate!

LOTTE. Bien. Toca muy bien.

GITARRISTA. ¿Vives aquí?

LOTTE. Busco a alguien.

El GITARRISTA dobla la cabeza hacia atrás, toca con más fuerza. LOTTE cierra la puerta y se va.

Oscuro

6

La habitación. Una MUJER con vestido claro, de una pieza, cerrado hasta el cuello y ajustado al cuerpo como si fuera un uniforme. Está detrás de la puerta escuchando los pasos que se acercan.

Antes de que LOTTE llame a la puerta, la abre de golpe.

MUJER. ¿Qué quiere?

LOTTE. Quisiera ver al señor... señor...

MUJER. A Manfred, ¿verdad? Mani, ¿no?

(LOTTE niega con la cabeza.)

Ya no vive aquí.

(Cierra la puerta de un portazo, se dirige hacia la ventana, la abre, se queda delante de la ventana con los brazos cruzados detrás de la espalda. LOTTE abre con cuidado la puerta.)

LOTTE. El señor Paul María Ingratto.

(La MUJER mira a LOTTE.)

MUJER. Entre.

LOTTE. O si no, a Sebastián Falsía.

(Se coloca junto a la mujer.)

¿Le conoce?

(La MUJER afirma con la cabeza.)

MUJER. ...o Manfred Afano.

LOTTE afirma con la cabeza. Se quedan un rato una al lado de la otra, delante de la ventana abierta.

Oscuro

7

La habitación. El adjunto y la adjunta de la Facultad entran. Los dos llevan chándal y zapatillas de tenis. ELLA lleva gafas. Va cargada con una bolsa de plástico de supermercado, llena de libros de la biblioteca. ÉL cierra la ventana.

ÉL. ¿Cansada?

(ELLA niega con la cabeza.)

ELLA. Ya me conoces.

ÉL. Deja.

ELLA. ¿Por qué cargo yo con tus libros?

ÉL. Gudrun, no tienes por qué cargar con mis libros.

ELLA. Vale. Pero cargo con ellos. A eso voy.

ÉL. Dime, corazón, ¿qué me traes en esas bolsas maravillosas?

(ELLA se agacha, coge los libros, lee los títulos.)

ELLA. Bismarckch... Bismarckch...

ÉL. Lee bien. "Bismarckische".

ELLA. "Das Bismarckch". ¿Lo conoces?

ÉL. Sigue. No lo encargué. No me sirve. ¡Continúa!

ELLA. Espera.

(Lee.)

"Storia degli...

ÉL. "Storia degli salutationi cordiali alla corte di Federico Secondo"

¡Por fin! ¡Por fin! ¡Gracias a Dios!

ELLA. ¡Por fin! ¡Gracias!

(ÉL corre hacia ELLA, le arranca las gafas de la cara y el libro de las manos, y se dirige hacia la ventana.)

ÉL. La historia del saludo cordial... ¡Por fin!

(ELLA, tranquila.)

ELLA. No me arranques las gafas de la cara.

(Sigue sacando libros, se los acerca a los ojos, lee los títulos.)

“The Psychoanalysis of Rin tin tin”. ¡Pregúntame! O no, espera un poquito. Katherina Medusa. A mí la “Storia...” me hacía la misma ilusión que a ti. Tradiciones y traiciones. Walden. Witiko. El calendario de Waidmann.

(Llora en silencio.)

Me parece, no sé... El Winzling de Bebra.

ELLA. Todos son uves dobles. Mierda.

ÉL. Gudrun, ¿para qué esos libros?

ELLA. Oye, me parece una cagada por tu parte.

ÉL. ¿Y eso?

ELLA. Porque me parece una cagada.

(LOTTE asoma por la puerta entreabierta. Los dos se dan la vuelta, pero no le hacen caso. Al rato vuelve a cerrar la puerta.)

ELLA. *(Continúa leyendo, se sorbe los mocos.)*

Notker, Breussen, Bericht.

ÉL. Gudrun, ¿para qué todos estos libros? Me excede completamente el lote que has sacado prestado.

ELLA. En todos hay algo sobre el tema, rastros. Material sobre el saludo.

(El adjunto se dirige hacia ELLA, le entrega las gafas y el libro. ELLA se las pone, abre el libro. Se vuelve a quitar las gafas, se seca unas lágrimas.)

Una mierda de gafas. Lee tú.

(Le vuelve a coger el libro y las gafas, y vuelve a la ventana.)

(ELLA hojea un catálogo.)

Tenemos que buscar de manera más sistemática. Toda la biblioteca, todo, en todos los sitios hay rastros sobre el tema...

ÉL. Esperemos que la "Storia..." no sea una decepción.

ELLA. ¿Qué dices, qué?

ÉL. El prefacio es un disparate.

ELLA. ¿La "Storia..."? Lo que faltaba. Sí, lo que faltaba. Dios haga que el texto merezca la pena. Si no, menudas caras largas que vamos a poner los dos, ¿verdad?

Oscuro

8

La habitación. Ventana cerrada. Un hombre mayor y fuerte, PAUL, camina de un lado para otro, lleva una gabardina abierta. LOTTE entra con la carpeta de dibujo y el televisor portátil por la puerta.

LOTTE. ¡Estabas aquí!... ¡Uf!

Ya podía buscarte, ¡ya!

(Deposita el televisor y la carpeta. Se quita el abrigo, se lo coloca cuidadosamente sobre el brazo. El viejo no interrumpe su acción.)

¿Trabajas aquí?

¿Oíste mi saludo por radio?

Te pedí el disco de "La danza de las antorchas", de Meyerbeer, para felicitarte.

Lo transmitieron.

¿No?

¿Te arreglas bien, Paul?

¿Y profesionalmente, qué tal?

¿Disgustos?

(Él se para de repente.)

PAUL. ¿Qué quieres?

LOTTE. Dinero.

PAUL. Lárgate.

LOTTE. Entonces quiero el divorcio.

PAUL. No necesitamos el divorcio.

LOTTE. Yo, sí.

El Estado me concede una beca si quiero aprender algo nuevo.

Como tú no me das...

(PAUL vuelve a caminar.)

Quiero estudiar idiomas.

Y la política, ¿qué tal?

Nada de periódicos aquí arriba, ¿no?

Aún te oigo decir: peligro de guerra..., peligro de guerra...

¿Te acuerdas?

Pero al final, sigue habiendo paz.

Todavía te oigo decir muchas cosas, ¿sabes?

No andes así.

¿Por qué das vueltas por la habitación como un loco?

¿Qué piensas?

¡Quédate quieto!

Eres un animal, Ingratto.

Uno se siente enjaulado por donde andas.

Estate quieto. ¡Quieto! ¡Quieto!

(Muy fuerte.)

¿A qué hora te vas a la cama por la noche, eh?

(PAUL se para, la mira fijamente; ella en voz muy baja.)

No me has escrito.

Ni siquiera me has escrito, si tenía que venir o no.

Oscuro

9

La habitación con la tienda de campaña. PAUL empuja a LOTTE dentro de la habitación. Se cierra la puerta de un portazo, alguien la cierra con llave por fuera. LOTTE se asusta ante la tienda de campaña que se le acerca. Huye hacia una pared, la cabeza

apoyada contra el brazo. La tienda la persigue. Después de un rato...

LOTTE. ¿Bernd?

(La tienda se le acerca hasta llegar delante de sus pies, ella se da la vuelta.)

Bernd, mi hermano, también tenía una tienda como tú. ¿Eres niño o niña?

Nosotros en casa..., ¿o fue luego más tarde, en casa de los Rot...? Le dejamos montar la tienda debajo de la mesa del comedor.

Yo entonces le decía: Bernd, ¡yo no entro contigo! Sí, me decía, ¡tienes que entrar! ¡Es una expedición! Aquí dentro estamos en el Nanga Parbat, y te morirás de frío si te quedas fuera.

Bueno, decía yo.

Pero lo que sigue sólo te lo puedo contar si eres una niña. No lo eres, ¿verdad?

(Corre hacia la puerta, intenta abrirla; la tienda va siguiéndola lentamente.)

¡Déjame en paz! ¡Vete!

¡Mejor sería que te metieran en el ejército!

¡Lárgate!

(LOTTE le da patadas a la tienda, ésta se aparta. LOTTE se arrodilla en el suelo, palpa el cuerpo dentro de la tienda.)

Si no tienes aire ahí dentro...

Pero tan pequeño ya no eres.

Ya no eres tan pequeño.

(Se abre la puerta. INGE, la mujer del vestido cerrado hasta el cuello, aparece.)

INGE. Puede mudarse de piso cuando quiera. El viejo murió ayer.

LOTTE. ¿Quién?

INGE. El viejo de la planta baja, el que no sabía si saludar o no. Me parece que ése sólo quería dejarnos sus mierdas. Sólo se metió en esta casa para dejarnos plantados con sus últimas mierdas.

LOTTE. ¡Está hablando de un muerto!

INGE. Un viejo guarro, siempre es un viejo guarro.
La muerte no lo hace más interesante.
Venga. Le enseñaré la habitación.
Me llamo Inge.

LOTTE. Inge, dígame. ¿quién está metido en esa tienda?

INGE. En la tienda vive la hija de Clarisa.

LOTTE. ¡Una niña!

INGE. Clarisa se ha ido con Jürgen Scheuer a Holanda.

Se ha largado, pasa...

A la criatura la deja aquí porque sabe que nosotros nos ocupamos de ella. Pero se esconde. Está muy triste.

(LOTTE quiere acercarse a la tienda.)

LOTTE. ¡La pequeña!

INGE. No. ¡Déjela!

No es pequeña.

¡Con diecisiete años ya no se es tan pequeña!

(Saliendo.)

Ha engordado de pena, y por eso ya no se atreve a salir de la tienda...

Oscuro

10

La habitación con la gabardina sucia en el suelo. La puerta está abierta de par en par. LOTTE (con el abrigo, el televisor portátil, y la carpeta de dibujo) e INGE entran.

INGE. Bien. Tiene la ventana que da a la calle.
En verano sólo se ve verde en la valla.
¿Contenta?

LOTTE. Gracias.

(INGE coge la gabardina y la arrastra atrás ella. Sale, cierra la puerta. LOTTE abre la ventana, mira hacia afuera. Se sienta en el suelo, la espalda apoyada en la pared. A su derecha, está funcionando el televisor sin sonido. Al cabo de un rato se abre la puerta. La MUJER GORDA que se inyecta morfina entra, se queda de pie junto a la pared.)

LOTTE. ¿Qué hay?

MUJER. Me da miedo el domingo.

LOTTE. Siéntese.

(LA MUJER GORDA se deja caer con un gran suspiro junto a LOTTE. Empieza a tiritar. LOTTE la coge en brazos. A lo lejos se escucha un partido de tenis.)

LOTTE. ¿Oye?

¡Tenis!

Plop, plop, plop, plop. Un partido tranquilo.

¡Genial!

¿Sabe jugar al tenis?

MUJER. Es como para ahogarse en un vaso de agua.

(Entra vacilando el GUITARRISTA con su instrumento. Saluda con torpeza.)

LOTTE. ¡Sí! ¡Adelante!

¿Puede cerrar la ventana, por favor?

(El GUITARRISTA la cierra.)

GUITARRISTA. No hace falta que me llame de usted.

LOTTE. Ahora vivo aquí.

Y tú te pasas todo el día tocando la guitarra, ¿verdad?

GUITARRISTA. No. Voy todas las mañanas al instituto.

¿Te molesto?

LOTTE. No. ¿Qué haces en el instituto?

GITARRISTA. Soy cristalógrafo.

LOTTE. ¿Cristalógrafo? Vaya.

GITARRISTA. Cristalógrafo, sí. Claro. Físico.

LOTTE. Explicáte.

GITARRISTA. Dicho de una manera general, establecemos la estructura atómica de los cuerpos sólidos, tomamos medidas extremadamente exactas, ¿sabes?

LOTTE. ¡Ah!

GITARRISTA. O sea, minerales y también cristales artificiales; los estudiamos bajo diferentes condiciones y temperaturas.

LOTTE. ¿Por ejemplo?

(Se retira hacia la puerta.)

GITARRISTA. El aficionado se introduce con más facilidad en el campo de la cristalografía, preguntándose, por ejemplo, por el funcionamiento de un reloj de cuarzo.

LOTTE. ¿Ya te vas?

GITARRISTA. Sí. Tengo que irme.

LOTTE. ¡Vuelve!

(Él sale. LA MUJER GORDA se levanta.)

MUJER. Yo también me tengo que marchar. Soy única desperdiciando ocasiones.

Si estoy de visita en casa de alguien, seguro que me pierdo la visita que viene a mi casa. He dejado escapar tantas cosas.

(Sale. LOTTE sola. Se instala bien el televisor, comienza a dibujar con un lápiz que está sujeto a la carpeta. Copia algo de la televisión... Desde la

habitación de arriba se escucha al GUITARRISTA tocar. Al cabo de un rato.)

LOTTE. ¿Qué?

(LOTTE al televisor.)

¿Me voy?

¿Me voy?

(Deja la carpeta a un lado, sale de la habitación.)

Oscuro

11

La habitación, casi a oscuras. En el rincón de la izquierda están tumbados INGE, la mujer del vestido cerrado hasta el cuello, y PAUL, el viejo, abrazados. Llaman a la puerta. LOTTE entra.

LOTTE. No puedo dormir.

INGE. Ahora no, Lotte.

Otra vez será. Hasta luego.

Estoy ocupada.

(LOTTE se retira, cierra la puerta.)

Oscuro

12

La habitación. El GUITARRISTA, en casa del adjunto y la adjunta.

ELLA. Ya está, Jürgen. Eso ha sido todo. Los hijos de los hijos. Contribución al estudio de la historia social de los hijos de la segunda generación de las familias de comerciantes de Alemania del sur en el siglo XIV. Indicación de las fuentes. Bibliografía. Documentos anexos. Publicado por Jürgen Binder con la colaboración de Gudrun Ledebé. ¡Eso es todo, tres años! ¿De qué se trataba, te acuerdas?

Colonia y Opladen, 1976. Unas 250 páginas. 30 facsímiles. Encuadernado. 44 marcos 80.

Verdad que ha sido lo más importante para nosotros durante los últimos tres años, ¿o no?

Por Dios, ¿qué es lo que hemos hecho?

ÉL. Sí. Así es. No hay pensamiento más terrible, más terrible que ése.

(Al cabo de un tiempo.)

GUITARRISTA. La NASA nos envió en su tiempo un pequeño paquete con piedras lunares, nos lanzamos sobre ellas como los piratas sobre el tesoro del capitán Flint. Pero nada. Nada nuevo. Ni rastro. La vieja óptica, las viejas estructuras; todo lo que encontrábamos en las piedras lunares nos era conocido. Pero al principio, esa impaciencia, las manos que se echaban encima... Vosotros no estabais, claro, no podéis saber cómo fue.

ELLA. ¿Por qué hemos escrito un libro? ¿Por qué?

ÉL. Teníamos que hacerlo. Aquí lo tenemos.

ELLA. Escucha, me pareces de lo más gilipollas. Te pregunto, ¿por qué hemos escrito este libro juntos? Dime, ¿por qué?

ÉL. Gudrun, eso no es una pregunta sensata.

ELLA. ¿Es que no te das cuenta de lo que está pasando entre nosotros?

ÉL. ¿Y tú crees que es por el libro?

ELLA. ¡Qué libro ni que mierda!

El libro no significa nada. Eso es precisamente: da la impresión de que el libro lo han escrito dos personas, hombre y mujer, dos personas que se comprenden.

ÉL. Creo que yo lo veo de otra manera.

ELLA. ¿Cómo?, ¿cómo?, ¿cómo?

ÉL. Creo que estamos al principio de una larga tarea en común, un largo viaje científico que puede extenderse durante decenios, actualmente en una fase crítica.

ELLA. ¿Y cómo imaginas ese amor? ¿Eh?

ÉL. Gudrun.

(Se calla. La adjunta asiente con la cabeza sabiendo de qué se trata.)

ELLA. Hmmm, hmmm...

(Silencio.)

GIUTARRISTA. ¿Aún me necesitáis?

ELLA. Sören, por favor, quédate. Toca algo. ¿Por qué no tocas algo?

(El GUITARRISTA toca. Los tres empiezan a cantar inmediatamente una, dos estrofas de una canción de música "country". En medio de la canción, la chica se para de repente y vuelve a la discusión.)

ELLA. Te voy a decir una cosa, Jüren: tú eres y serás siempre el niño mimado de la familia. Una persona de Hannover-Varenheide. Un páramo humano. Eres justo ese producto de tipo medio de la clase media...

ÉL. ¡Qué ingeniosa!

ELLA. ¿Ingeniosa? Vaya, hay que ver, hay que verlo: te haces todo un peinado, te peinas literalmente antes de hablar con tu madre por teléfono los sábados por la tarde. ¡Hay que verlo! ¡Hasta ahí llega la cosa!

ÉL. ¡Qué majadería!

ELLA. Claro, que lo haces. Inconscientemente. Inconscientemente lo haces.

No te atreves a hablar con tu madre despeinado, tal como eres.

¡Te lo juro! Claro, tú no sabes nada de esto.

Está clarísimo.

¡Ahí está! ¡Inconsciente!

ÉL. Ahora cállate de una vez, ¿quieres?

(Al cabo del rato.)

GITARRISTA. ¿Vale? ¿Habéis acabado?

ELLA. Espera un momento, Sören.

GITARRISTA. Los verdaderos ases de la física, los que verdaderamente se enteran de las cosas, son una minoría, hay muy pocos. Siguen siendo raros, lo mismo hoy que en otros tiempos; quizás haya tantos como para llenar un pequeño patio de cárcel, en donde dan vueltas intranquilos y chocan contra los muros de silencio de las masas.

También puedes tener mala suerte, y depender de un director de instituto, un japonés, que desde hace veinticinco años está investigando solo en un callejón sin salida. Y todos nosotros, los del instituto, tenemos que seguir, bajo su batuta, por un callejón sin salida, mientras que el 90 % de los colegas rechazan la teoría del japonés y han demostrado suficientes veces, que él se equivoca y que se revuelca desde hace decenios en el error. El modelo superestructural de Yaki... Otro de esos puntos abandonados de la historia mundial.

ELLA. Oye, Sören, lo que tú haces, ¡eso sí que es un trabajo! ¡Sólo un trabajo! ¡Pero yo, yo soy toda una existencia!... ¡Soy, la cabeza que funciona las veinticuatro horas... Soy el libro... Soy lo único que tenemos... ¡Soy Jürgen y yo!

(ELLA se va calmando.)

¡Quisiera saber por qué sonreís así? Me gustaría saber, por qué fría razón... ¡So gilipollas!

(ELLA está apoyada en la pared, respira agotada.)

ÉL. Si quieres acuéstate un poquito, porque luego tenemos que ir al seminario...

(Le da las gafas, la acompaña a la puerta. ELLA se da la vuelta hacia la habitación.)

ELLA. Ha sido el diablo... Esta vez ha sido el diablo. Vino y se fue, y regresó y volvió a marchar, y volvió de nuevo y se fue otra vez.

ÉL. Es normal, completamente normal, corazón. Todos tenemos que desahogarnos. Pero hemos conseguido mantenerlo bajo control.

ELLA. No. El diablo.

¿Sabes qué tipo tan poderoso es el diablo?

(Salen los tres.)

13

La habitación. LOTTE sola. Está apoyada en el marco de la puerta, sale al pasillo. Vuelve a entrar, mira el reloj de pulsera, ojea en su carpeta de dibujo, abre la ventana, vuelve a cerrarla. Ensayando una próxima conversación.

LOTTE. No hay motivo para bromear...

No necesita bromear por su retraso...

Dejemos las bromas, ¿eh?

¿Es una broma?

Ah, nada más que bla bla. No es una broma.

Creo, que no gastará bromas.

¿De dónde es usted?

¿Es? ¡Iiiii!

¿Dónde nació, si no es una indiscrección?

No, al revés. Él pregunta primero.

¿Que dónde nací yo?

Soy de Renania... del Rin,

Lenep, ¿y usted?

Usted toca la guitarra y a mi me gusta dibujar.

¿Le gusta?

¿No le gusta?

No: quizá le guste este dibujo...

Puedo pasarme horas sin hacer nada.
Hay que aprender a no hacer nada.
El ocio es el problema de hoy en día...
en nuestra sociedad... El problema del ahora...
¿del futuro?

Ay, no me sale.

Pero lo de "se ha de aprender a no hacer nada", eso me lo apunto.

(Se dirige a la ventana, mira un momento fuera, se da la vuelta con garbo, como si hubiera alguien detrás de ella.)

Casi me muero de...

¿De qué? ¿Hmm?

¿De miedo? ¿De "impaciente expectación"?

Estoy loca.

(Se vuelve otra vez hacia la ventana y vuelve a girarse.)

No. Vivo divorciada.

A ver. Casi me muero de..., de...

Mierda.

(El GUITARRISTA ha entrado sin su instrumento.)

GUITARRISTA. ¿Con quién habla?

LOTTE. No. Nada.

(Están cara a cara.)

¿Cómo te llamas?

GUITARRISTA. Sören. Como Kierkegaard.

LOTTE. No hace falta que bromees con eso.

No tienes...

GUITARRISTA. Oye, sólo quería decirte que creo que estás cometiendo algunos errores típicos.

LOTTE. ¿Sí?

GUITARRISTA. Parece ser que crees que siempre has de tener a alguien a tu lado cuando algo no te va bien, cuando no puedes dormir, por ejemplo.

(LOTTE inclina la cabeza hacia abajo; inquieta, comprensiva.)

LOTTE. Hmm.

GITARRISTA. Por otro lado, captas en seguida las cosas y te preocupas demasiado por los demás.

LOTTE. Hmm, hmm.

GITARRISTA. Por ejemplo, el caso de la tienda de campaña del primer piso. Ahí seguro que has cometido un error.

LOTTE. Hmm, hmm.

GITARRISTA. Sabes, de la tienda nos ocupamos cada uno de nosotros. Quiero decir que seguramente no es bueno que hagas más que los demás. Quizá no debes ir más veces a verla que los demás.

LOTTE. Hmm, hmm.

GITARRISTA. En principio se arregla cada habitación sola. Es una especie de convenio de la casa.

LOTTE. Sí, claro, claro.

GITARRISTA. Quiero decir, en el caso de que haya algo que no marche en absoluto, puedes pedirle ayuda a alguien simplemente: no hay que hinchar el globo. Nada de aspavientos.

LOTTE. No. No.

GITARRISTA. Tenía que decírtelo, ¿entiendes?, si no...

LOTTE. Claro, Sören. Está bien que me lo digas.

GITARRISTA. ¿Pintas?

LOTTE. Dibujo.
(*LOTTE mira la carpeta.*)

Tú tocas la guitarra y a mí me gusta dibujar.

GUITARRISTA. Sólo quería habértelo dicho; por lo demás, me parece estupendo que estés aquí.

LOTTE. ¿Sí?

(El GUITARRISTA asiente varias veces con la cabeza y se va.)

14

LOTTE está de pie junto a la ventana abierta. La puerta se entreabre. Alguien espía.

LOTTE. En un cuarto piso, sobre una gasolinera "Esso", una mujer en bata sale de su pequeño apartamento.

Es mediodía.

Un hombre la conduce con precaución hasta la barandilla del balcón.

Ella, con el cuello tenso se inclina hacia delante para ver la profundidad del agujero sobre el que vive.

Ahora ya lo has visto, le dice el hombre.

Sí.

Aquí hay unos once metros.

Sí.

Dan la vuelta y regresan al piso. Abajo, en el lavadero de coches, se oye la música de cassettes.

Melodías plenas de arrogancia y también plenas de orgullos pisoteados.

El cielo tiene un color vivo y claro.

El cielo de hoy ya es un cielo de verano.

(Se abre la puerta. Se ve la mujer vieja.)

VIEJA. Alguien se ha ido.

LOTTE. ¿Quién?

VIEJA. No sé.

Sólo quería ver si...

(La VIEJA escucha.)

LOTTE. ...si...

VIEJA. ¡Pst! Quería ver qué habitación se había vaciado. Falta un ruido conocido en la casa. Su marido es el viejo de arriba, ¿verdad?

LOTTE. Hmm.

(La VIEJA se retira tras la puerta entreabierta.)

VIEJA. Una mujer joven como usted...

(La puerta cerrada, excepto una rendija.)

LOTTE. ¿Tiene algo en contra de los hombres mayores que tienen mujeres jóvenes?

VIEJA. Él miente.

LOTTE. Sí, eso es verdad.

(La VIEJA, desde la rendija.)

VIEJA. ¿Rosa...? ¿Rosa...?

LOTTE. ¿Qué ocurre?

VIEJA. Siempre podrá encontrar a un tipo mejor que al viejo de arriba, mi niña.

LOTTE. No cuchichee, señora...

Entre. Aquí hay buena luz. El televisor funciona. La habitación está recién ventilada. Las paredes aguantan...

Ya sabía yo que no tardaría en mentir y que continuaría mintiendo, y que tendría que creerle, seguir creyéndole.

(PAUL el marido de LOTTE, entra súbitamente en la habitación. LOTTE, sentada contra la pared, gira la cabeza de un lado a otro.)

LOTTE. No... No...

PAUL. Lárgate, Lotte.

LOTTE. No quiero.

PAUL. He dicho que te levantes. Deja de arrastrarte por el suelo.

(LOTTE endereza la espalda contra la pared.)

LOTTE. Sí. Siempre tengo que estar de pie.

PAUL. ¡Fuera!

¿Qué es lo que te has creído? Mudarte a este piso, y yo, arriba, con el trabajo paralizado. No lo consigo, no sigo adelante.

LOTTE. Quiero ayudarte.

PAUL. ¡Ni una palabra!

LOTTE. ¡Yo...!

PAUL. ¡Ni una palabra!

(Pausa.)

LOTTE. Tengo que decirlo...

PAUL. ¡Cállate!

(Casi gritando.)

LOTTE. ¿No quieres que te vuelva a recortar los periódicos?

PAUL. ¡Tú te vas!

(LOTTE coge el televisor portátil y la carpeta de dibujo con las dos manos y se apoya de espaldas contra la pared.)

PAUL. Recortarme artículos. ¡Sí! Para que suceda una desgracia, ¡gafe!

Me vas a volver a traer tus recortes de periódico y me dirás en ese lenguaje que utilizas: “de esto no podría salir algo para una pequeña historia”. Bonito sistema, ¿verdad? Me golpea los oídos, enfermera.

Tu lenguaje, es veneno para mis oídos.

¿Te crees que un escritor es una persona que trabaja bajo órdenes? Como los artistas de variedades, que memorizan.

Si alguien me dice “la caída del teleférico”, zas, en seguida escribo un esquemita conmovedor. Si al-

guien dice “baja el poder adquisitivo”, ¡zas!, ¡zas!, ¡zas!

¡No hay quien se entienda en los años setenta!

LOTTE. Eres una persona tan débil, mucho más débil de lo que tú crees...

PAUL. Intenta escribir ese tipo de frases que se escriben hoy en día: “Se fabrican cada vez más juguetes caros para cada vez menos niños. El resultado de la píldora se hace evidente...” ¡Escribe una cosa así!

LOTTE. Podría ayudarte. Las pequeñas revistas aceptan de vez en cuando alguna de tus novelas humorísticas.

(Aparece la VIEJA por la puerta entreabierta.)

VIEJA. Estamos preparando una proyección de diapositivas. Sean puntuales, por favor.

(La VIEJA se queda de pie en la puerta.)

LOTTE. ¡Cómo me acuerdo de todo!

Por favor, Paul continuemos, quedémonos juntos. Si no, me voy a morir de tantos recuerdos.

PAUL. ¡Ni una palabra más! ¡Pesada!

Ya está bien de bla bla.

Yo te enseñé a hablar correctamente el alemán.

(Le da un toquecito detrás de la cabeza.)

No te creas que me avergüenzo delante de la gente.

(Recoge la chaqueta del traje que se le ha caído a ella.)

¿No quieres ponerte la chaquetita?

(PAUL se la coloca por encima de los hombros. La vieja se acerca y también se pone a arreglar y limpiar el traje de LOTTE.)

VIEJA. A ver... A ver... Así no puedes andar por el mundo, tan dejada.

¡Quítate esas greñas de la cara!

(A PAUL.)

Pero no es mala persona, ¿verdad?

(Él le aparta a LOTTE el pelo de la cara.)

PAUL. No, claro que no. No es mala persona. Sólo que a veces habla demasiado, ¿verdad?
(PAUL dirige a LOTTE hacia la puerta. La VIEJA recoge la gabardina de LOTTE, la sigue.)

LOTTE. Y otra cosa: ¡no me olvides!

Oscuro

15

La habitación. En casa de INGE, la mujer del vestido cerrado hasta el cuello. PAUL está frente a ella, la tiene ligeramente cogida de la mano. LOTTE, vestida con el abrigo, empuja y abre la puerta con el televisor portátil y la carpeta, entra. Ve a los dos, se queda parada. PAUL se dirige a la ventana, mira hacia afuera.

LOTTE. Sólo quería decirte adiós.
Yo..., yo... tengo que irme de aquí.

INGE. Sí. ¿Ya sabes adónde?
¿Adónde vas?
(LOTTE mira a INGE largamente, y niega lentamente con la cabeza. Le entrega el televisor.)

LOTTE. ¿Lo quieres?

INGE. Sí, muchas gracias. Con mucho gusto.

LOTTE. No puedo llevarlo conmigo a todas partes.

INGE. No, además no lo necesitas. Te lo guardo. No vas en coche, ¿verdad?

LOTTE. Te lo puedes quedar.

INGE. ¿Sí?
Bueno, pues me quedo con él.
(INGE pone el televisor en el suelo, funciona todo el rato sin sonido.)

INGE. Sí, ¡está perfecto! Se ve algo y todo.
No vas en coche, ¿verdad?

LOTTE. No tengo coche. Sé conducir, pero no tengo coche.

(LOTTE mira a PAUL que está junto a la ventana.)

¿Qué hace?

Paul...

INGE. No. Déjale.

No puede trabajar. No avanza.

(PAUL sale despacio de la habitación bajo la mirada de las mujeres.)

LOTTE. Así que no trabaja. Hmm.

Y, ¿sabes por qué?

Por eso me voy. La más sensata cede.

¿Y sabes por qué?

Paul y yo... Es demasiado fuerte para él, algo único, inolvidable. Así es que no se puede concentrar en otra cosa cuando estoy cerca de él.

(INGE, baja de repente, extrañamente irritada, la cremallera de su vestido desde la barbilla hasta el ombligo y lo abre. Le enseña una camisa estampada con una foto: retrato grande de PAUL.)

LOTTE. Vuelve a cerrarlo, Inge.

Me tengo que ir. Hasta siempre.

INGE. Te acompaño hasta la puerta.

Oscuro

La habitación en penumbra. El matrimonio viejo. Un proyector emite una luz blanca contra la pared del fondo. Ocho sillas. Un hombre está sentado en una de ellas.

VIEJO. No viene nadie.

¿Les has avisado a todos?

VIEJA. Les he avisado a todos. Menos a la tienda de campaña. De todas formas la tienda no viene.

VIEJO. No hace falta ni que se entere la tienda de que hacemos algo.

VIEJA. El único que ya está aquí es el turco.

VIEJO. Quiero empezar. Estoy impaciente.

VIEJA. Uno se ha ido.

VIEJO. Sí, ya sé. El escritor.

VIEJA. ¡No! ¡Qué va! Ése no. Un piso más abajo. El que nunca venía a vernos... No es precisamente el escritor el que quiere mudarse de piso.

VIEJO. ¿Y la pequeña de al lado?

VIEJA. ¿Qué pequeña?

VIEJO. Pues la pequeña de al lado.

VIEJA. No sé.

VIEJO. ¿Viene?

VIEJA. Sí, viene.
(Pausa.)

No, padre. Ésa ya no viene.

VIEJO. Me es igual. Si no viene nadie, le enseñaremos las diapositivas al turco. Empezamos. A ver, ¡la primera diapositiva!

A continuación una serie de diapositivas, en las que se ven al viejo y a su mujer en su habitación —vacía y clara como de costumbre— haciendo lo que suelen hacer durante todo el día. Los dos están a la derecha e izquierda del proyector, respectivamente, y comentan las fotos con un texto largo que han preparado. Poco a poco llegan los ocupantes de las diez habita-

ciones —el GUITARRISTA, la ADJUNTA universitaria y su compañero, la MUJER GORDA, INGE y PAUL—. Se sientan en las sillas, una queda libre. En seguida alguien se levanta y se va, vuelve al cabo de un tiempo, se apoya contra la pared, etc..., de tal manera que se produce un ligero movimiento entre la gente.

La primera foto muestra al viejo que aprieta a su mujer contra sí y tiene una mano puesta sobre su cabeza...

VIEJO. Buenos días.

VIEJA. Buenos días.

(2.ª foto: los dos, a cierta distancia. La mujer tiene la cabeza inclinada, el hombre le tiende la mano, abierta.)

VIEJO. Ven.

(3.ª foto: los dos, a media distancia; el hombre señala a la cámara.)

VIEJO. ¿Recuerdas?

(4.ª foto: el hombre tiene el brazo colocado sobre los hombros de la mujer, la mira.)

VIEJO. ¿Recuerdas?

Nuestros célebres contemporáneos.

¿Carraciola?

VIEJA. Ah, sí. Carraciola.

(5.ª foto: los dos muy juntos, la misma mirada.)

VIEJO. María-Memeghini-Callas.

VIEJA. Ah, sí, la Callas.

VIEJO. Rudolf Steiner.

VIEJA. Ah, sí. El doctor Steiner.

(6.ª y 7.ª fotos: parecidas a la quinta.)

VIEJO. Hanussen.

VIEJA. Ah, sí, Hanussen.
(8.^a foto: parecida a las otras.)

VIEJO. ¡Emmeline Pankhurst!

VIEJA. (Se calla.)

VIEJO. ¡Emmeline Pankhurst!

VIEJA. Ah, sí...
(9.^a foto: los dos arrodillados delante de una bolsa grande de la compra. Colocan las compras alrededor de ellos.)

VIEJO. Hemos comprado por la mañana.

VIEJA. Podemos comprar donde queremos, en todos los sitios nos hacen descuento.

GUITARRISTA. ¿Quién os ha hecho esas fotos?

VIEJO. ¡Ya lo veréis! ¡Ya lo veréis!
(10.^a foto: a media distancia, el hombre deja caer un chorro de aceite de oliva de una lata en la boca.)

VIEJO. Ah, mi querido aceite,
¡ave sanctum oleum!
(11.^a foto: los dos. La mujer abre una bolsa de terrones de azúcar.)

VIEJA. Azúcar, que vienes de tan lejos, ¡bienvenido seas! ¡Déjame mirarte!

MUJER GORDA. ¡Bonitas fotos! Muy vivas.
(12.^a foto: el hombre que se lava con aceite la cara.)

VIEJO. Aceite, purifícame, y traeme la paz.
Ten piedad de mí.
(13.^a foto: el hombre entregando a la mujer un paquete de pajas de sorber de colores.)

VIEJO. Hay que saber apreciar mejor las cosas.
Hay que hacerse con las cosas.
Las cosas vivirán más tiempo que nosotros.

Todas estas pajas durarán más allá de nuestro último día.

(14.ª foto: el hombre deja pasar por entre sus dedos arroz que vuelve a caer en una bolsa.)

VIEJO. Arroz.

(15.ª foto: la mujer saca una rebanada de pan integral de la bolsa.)

VIEJA. Pan.

(16.ª foto: el hombre muestra una manzana.)

VIEJO. Manzana.

Aquí ves un objeto que ha llegado lejos.

Es un símbolo. Casi más símbolo que cosa.

(De la 17.ª hasta 19.ª foto: el hombre y la mujer vuelven a guardar las cosas en la bolsa. Una de las veces miran tímidamente hacia la cámara como si los llamaran desde allí.)

VIEJA. ¡Cuánto tiempo hace que no he comido hasta hartarme!

VIEJO. No tienes que hartarte.

VIEJA. Ayer, por ejemplo: dos rebanadas pequeñas de pan integral, dos mandarinas, un yogur y por la noche un plato de sémola. Y eso teniendo en cuenta la comida floja de ayer.

VIEJO. ¡Pst!

VIEJA. ... dos rebanadas de pan integral, una manzana, un trozo de conejo sin legumbres...

VIEJO. No oyes...

Está hablando ese señor...

¡No le interrumpas continuamente!

VIEJA. Sí, sí, está hablando.

Cada año me cuesta más creer en él.

VIEJO. ¡Calla!

VIEJA. De todas formas ya he perdido el hilo.
(20.ª foto: la figura de un Cristo en primer plano, vista de espaldas. Herida sangrienta en el costado. Corona de espinas, la mano derecha bendiciendo. La mujer y el hombre de rodillas con las caras inclinadas.)

ADJUNTA. ¿Quién es?

TURCO. ¡Soy yo, soy yo! Hacerla con automático.

VIEJO. Señor, en el fondo de todo lo que hacemos, tu sueño nos domina.

VIEJA. Señor, en el fondo de todo lo que hacemos y decimos, nos dominan y nos velan tus ojos cerrados.

TURCO. He actuado bien.

De verdad, bien actuado.

(21.ª foto: el hombre y la mujer de medio perfil junto a la ventana. El VIEJO susurra una canción.)

VIEJO. ¿Quién canta en nuestra casa y no ofrece ninguna satisfacción al Señor?

(22.ª foto: la mujer mira al suelo, el hombre le hace un reproche.)

VIEJO. ¡Cruzando la calle en rojo!

Te acabas de santiguar y ya estás cruzando la calle en rojo.

Eso no está bien hecho, mamaíta.

VIEJA. No.

Al otro lado de la calle había una mujer que me hacía señas disimuladamente.

VIEJO. Eso te lo has imaginado.

VIEJA. Sí, pero con toda claridad.

(23.ª foto: hombre y mujer en la pared del fondo. Ella levanta la vista desde un lado hacia él.)

Y lo que de momento aún no sé: Jesús tuvo hermanos o..., y si tuvo, ¿qué fue de ellos?

(El VIEJO recita.)

VIEJO. ¿No es él el carpintero, hijo de María y hermano de Jacobo y de José y de Judas y de Simón? ¿No están aquí todos sus hermanos con nosotros?

VIEJA. ¡Ah!

VIEJO. Eso es porque alguna vez fuiste católica. Los católicos no creen en los hermanos de Jesús.

(24.ª foto: los dos, con la mirada fija.)

(25.ª foto: la mujer vuelve a levantar la vista hacia el hombre desde un lado.)

(26.ª foto: la mujer está de pie junto a la pared, el hombre camina delante de ella, de izquierda a derecha.)

VIEJA. ¿Y cuándo me hice protestante?

¿En mil novecientos cuántos?

Preguntas y más preguntas.

GITARRISTA. ¿Dónde está Lotte?

(El GITARRISTA sale, vuelve al cabo de un rato.)

(27.ª foto: la mujer le da masajes al hombre en la nuca.)

VIEJO. Qué bien que somos dos.

(28.ª foto: la cara de la vieja que ríe.)

¿Por qué te ríes? No te rías así.

(29.ª foto: los dos. La mujer ríe, el hombre de espaldas a la cámara, mira por encima del hombro izquierdo a la cámara.)

VIEJA. A ti te ha pasado algo indecente.

VIEJO. Qué va, ¡tonta!

(30.ª foto: los dos están apoyados en la ventana abierta.)

VIEJO. Hoy tampoco me apetece salir.

(31.ª foto: la mujer le coge al hombre el pelo de detrás de la cabeza.)

VIEJA. Mañana vas al peluquero.

VIEJO. No pienso hacerlo.

VIEJA. Lo necesitas sin falta. El escritor también lleva el pelo bien corto.

VIEJO. Ése no me sirve de modelo.

VIEJA. Yo, así, no pienso salir contigo.
(32.ª foto: la mujer en la puerta, quiere salir desapercibida. El hombre al lado de la ventana.)

VIEJO. ¿Adónde vas?

VIEJA. Voy a ver lo que hace la pequeña.

VIEJO. Por favor, quédate aquí.
(33.ª foto: la mujer vuelve de la puerta. El hombre se dirige hacia ella con las manos a la espalda.)

VIEJA. Bueno. Pues me quedo aquí.
(34.ª foto: la mujer mira horrorizada a la cámara. El hombre está a su lado, intenta girarla por los hombros.)

Quiero ponerme los zapatos de calle.
(35.ª foto: el hombre arrodillado quitándole los zapatos a ella.)

(36.ª foto: el hombre arrodillado, le muestra en la mano abierta una moneda.)

VIEJO. ¡Has estado andando durante todo el tiempo sobre una moneda de 50 peniques!

VIEJA. Eso trae suerte. De verdad, eso trae suerte.
(37.ª foto: hombre y mujer, las manos a la espalda, apoyados en la pared del fondo. En medio de la habitación, los zapatos.)

VIEJA. Ya no hablas conmigo, ¿o qué?

VIEJO. Tonterías.

MUJER GORDA. Bonitas fotos. Muy expresivas.

Oscuro

IV

GRANDE Y PEQUEÑO

LOTTE, MEGGY, EL TURCO, SU MUJER, UN HOMBRE JOVEN, LA CHICA, INQUILINOS DE LA CASA.

Delante de la puerta de cristal de un edificio de inquilinos. Un interfono sobre los timbres. LOTTE, vestida con gabardina, la carpeta de dibujo bajo el brazo, busca un nombre entre los timbres.

LOTTE. "Niedschläger..."

Aquí no está. Pero tiene que estar. Calle Virchow, 85. Correcto.

Tillmann, Karnap, Kutnewski, Von Roel...

¡Von Roel! ¡Éste puede ser! ¡Von Roel!

El hijo del arrendatario del cine. Un niño problemático. Niedschläger se convierte en Von Roel después de una boda tardía con su primer amor. Ella le dio un beso de tornillo a cambio de poder ver gratis la película "Quo vadis". ¡Con la boca tan babosa que tenía el tipo!

¡Víctor Mature también es un baboso!

Ay, Meggy.

Me tienes que contar tantas cosas...

(Toca un timbre, se oye un chasquido en el interfono.)

¿Hola?

Me he equivocado.

Anda, me equivoqué, dijo el erizo y de un salto se bajó del cepillo de la ropa.

INTERFONO. (*Voz masculina.*) ¿Dígame? ¿Quién es?

LOTTE. ¡Lotte!

INTERFONO. (*Contento.*) ¡Lotti!

LOTTE. No, Lotte.

INTERFONO. ¿Lotti? ¿Sigues por esos mundos?

LOTTE. No, no. Me confunde. Busco a Mechthild Niederschläger...

INTERFONO. ¡Ah!

(*Ruido que sale del interfono. LOTTE toca otro timbre. No contesta nadie. Toca el siguiente.*)

INTERFONO. (*Voz de mujer mayor.*) ¿Sí?

LOTTE. Perdone, busco a la señorita Mechthild Niederschläger.

INTERFONO. No.

LOTTE. ¡Señorita o señora...! ¡Señora...!

INTERFONO. No. ¿Cómo dice que se llama?

LOTTE. No lo sé exactamente, a lo mejor se ha casado entretanto...

INTERFONO. Mire usted, mi marido y yo venimos del Este...

Apenas conocemos a nadie.

Nuestra hija es juez, pero desgraciadamente ahora no está en casa.

Pregunte en casa de Hein. Ellos suelen estar bien informados.

LOTTE. Hein. Gracias, sí, Hein.
(*Busca el nombre y toca el timbre.*)

INTERFONO. (*Voz femenina.*)
Sí, ¿diga?

LOTTE. ¿Señora Hein?

INTERFONO. Sí. ¿Cuál de ellas?

LOTTE. Perdona la molestia, conoce a Niedschläger, Meggy, Mechthild.

(INTERFONO: se escucha llamar en el piso a su hermana.)

INTERFONO. ¡Gunilla!

(A LOTTE.)

Un momento.

LOTTE. Gracias.

INTERFONO. *(Otra voz femenina.)* ¿Sí?

LOTTE. Me hace el favor... En esta casa vive una señora cuyo apellido de soltera es Niedschläger. Parece ser que se ha casado y no la puedo encontrar. Pero sé que vive aquí, por una carta de su padre.

(Acercas el oído al INTERFONO.)

Los señores Braun me han dicho que ustedes me pueden informar.

INTERFONO. Un momentito, por favor.

(Llama en el piso.)

¡Lore! ¡Lore!

(Al cabo de un rato.)

¿Oiga?

LOTTE. ¿Sí?

INTERFONO. No lo sabemos. De verdad, no lo sabemos. Conocemos a casi todas las mujeres de esta casa, pero a casi ninguna por su apellido de soltera. ¡Créanos!

LOTTE. Sí. Se lo agradezco. Muchas gracias. Lo intentaré al azar.

(Toca un timbre, lee el nombre correspondiente.)

INTERFONO. *(Voz engolada de hombre.)*

Sí. Dígame.

LOTTE. ¿Señor Schröder?

INTERFONO. Hmm. ¿Cómo?

LOTTE. Perdona la molestia. Soy Lotte, eh, Lotte...

INTERFONO. No tiene ninguna importancia, ninguna.

LOTTE. ¿Conoce alguna mujer con el apellido de soltera Niederschläger, que vive en esta casa?

INTERFONO. ¿Qué te pasa, nena? ¿Te apetece subir un ratito?

(El timbre de la puerta suena varias veces. LOTTE abre, titubeando, la puerta. Entra, pero vuelve a salir al instante. Se cierra la puerta tras ella. Aprieta otro timbre.)

INTERFONO. *(Voz de niña pequeña.)*

¿Quién es?

(LOTTE grita.)

LOTTE. ¡Meggy!

(Pausa.)

¡Meggy!

INTERFONO. ¿Con quién quiere hablar?

LOTTE. ¿No eres Meggy?

INTERFONO. *(Risita.)*

Noooo.

(LOTTE espera, la espalda apoyada contra la puerta.)

INTERFONO. *(Voz engolada de hombre.)*

Hola, Lotte.

(Se dirige al interfono.)

LOTTE. ¿Sí?

INTERFONO. ¡Suba ya! No le va a morder nadie. Mi leopardo acaba de comerse su ración de “Frisquis”.

(El timbre de la puerta suena.)

LOTTE. Usted es... ¿Quién es?

INTERFONO. Schröder.

LOTTE. Ah, el señor Schröder.
No, señor Schröder.

INTERFONO. No seas tonta, muñeca.

LOTTE. *(Vuelve a zumbar el portero automático.)*

¡No!

(Voz apática de mujer.)

INTERFONO. ¿Sí?

(LOTTE cansada.)

LOTTE. Buenas noches. Perdone la molestia. Busco a Niederschläger, señora. Probablemente ya no se llame Niederschläger...

INTERFONO. Sí, ¿y?

LOTTE. Y..., vive en el número 85, pero no sé dónde.

INTERFONO. Sí. Sí. Soy yo.

(LOTTE contenta.)

LOTTE. ¡Meggy! ¡Meggy! Vaya, Meggy, vaya —ahora te llamas— ¿cómo?

(Mira los nombres.)

¿Cómo? Wittich... Wittich.

INTERFONO. ¿Quién es usted?

LOTTE. ¡Soy la Lotte-Kotte!

(Se calla, escucha, no contestan. LOTTE habla en dialecto de Renania.)

Tu vieja amiga. ¿Te acuerdas?, a la que se le caía el palo en las carreras de relevo.

INTERFONO. Ah, sí.

LOTTE. Ay, Meggy...

INTERFONO. ¿Lotte-Kotte?

LOTTE. Sí, ¡Claro! ¿Qué tal? ¿Cómo estás?
(MEGGY, en un tono aburrido.)

INTERFONO. Así, así. ¿Estás de visita por aquí?

LOTTE. Sí. No. Pasaba por Essen y pensé..., a ver que tal está Meggy.

MEGGY. Hmm.

LOTTE. ¿Subo un ratito?

INTERFONO. No me encuentro demasiado bien.

LOTTE. ¿Estás enferma?

INTERFONO. No sé muy bien.

LOTTE. Aunque sólo sea para hablar un ratito, un ratito nada más.

INTERFONO. No sé...

LOTTE. Tenemos mucho que contarnos, Meggy.
¡Piénsalo!

INTERFONO. ¿Contarnos? Hmm..., ¿mucho?

LOTTE. ¡Claro, y cómo!
(Llega un matrimonio mayor. LOTTE saluda amablemente. El hombre abre la puerta, los dos desaparecen en la casa.)

INTERFONO. ¿Lotte-Kotte?

LOTTE. Sí.

INTERFONO. ¿Qué pasa allá abajo?

LOTTE. Nada, gente que entra en la casa.

INTERFONO. ¿Extranjeros?

LOTTE. No, alemanes, me parece.

INTERFONO. Descríbemelos exactamente.

LOTTE. Dos personas mayores, estatura media. Hombre y mujer con impermeables transparentes.

INTERFONO. ¿Los dos con impermeables? Vale, vale.

LOTTE. Pensé: a estos los conozco y les dije, buenas noches. Se parecían a unos que yo conozco. Estoy tan cansada que por todas partes veo caras conocidas.

INTERFONO. Si tienes sueño, vete a dormir.

LOTTE. No sé, chica. Yo creía que te ibas a alegrar, que íbamos a hablar, que te alegrarías.

INTERFONO. Hablar, hablar. ¿Y luego qué? Luego te duermes aquí, en mi casa.

LOTTE. Meggy, escucha.

INTERFONO. No puedo pegar un ojo cuando sé que hay alguien durmiendo en mi casa.

LOTTE. Meggy, entonces dejémoslo estar.

INTERFONO. Wittich ya no duerme aquí tampoco.

LOTTE. Pues entonces, déjalo. Adiós.

INTERFONO. No. Espera.

(Pausa.)

Sube.

(El portero automático suena. LOTTE desaparece en la casa. Al cabo de poco tiempo sale un hombre joven, vestido como para ir de fiesta, con un clarinete en la mano. Se va apresuradamente hacia la derecha, hacia el fondo del escenario. Pasado un rato aparece un chico con su amiga. La chica le sigue a cierta distancia, un dolor fuerte en la vejiga le obliga a caminar despacio.)

CHICA. ¡Ayayay!

(El CHICO se para y se da la vuelta. La CHICA se detiene.)

CHICO. ¿Qué pasa? ¿Quieres que volvamos a casa? Eso de la vejiga sólo lo haces para joderme el pasacalle. ¿Quieres que volvamos a casa?

CHICA. No.

CHICO. ¿Qué te pasa? No meas bien, ¿o qué?

CHICA. No puedo.

CHICO. Eso es imposible, no puede ser. Tendrás algo en la vejiga, algo tendrás entaponado, piedras o yo que sé qué cosas...! ¿Quieres que volvamos a casa?

CHICA. No.

CHICO. Pero así no puedes seguir el pasacalle como Dios manda. Te quedarás al final de toda la gente.

CHICA. Ya voy.

(Continúan hacia la derecha, hacia el fondo del escenario. LOTTE vuelve a salir de casa, se apoya en la puerta. Parece haber llorado.)

(Voz de MEGGY.)

INTERFONO. ¿Lotte-Kotte? ¿Me oyes, Lotte-Kotte?

(LOTTE se dirige hacia el INTERFONO.)

LOTTE. ¿Qué?

INTERFONO. Estás tan... nerviosa.

LOTTE. ¡Cómo me tratas! ¡Parece mentira!

INTERFONO. Estás muy nerviosa.

LOTTE. Yo, mujer...

INTERFONO. ... tan nerviosa, andas con tanto nerviosismo, entras ya tan inquieta, te sientes intranquila, y te quedas ahí en el taburete llena de inquietud...

LOTTE. Te empiezo a contar algo, y tú me dices que estoy nerviosa.

Tengo cuidado de no dormirme, y tú me dices que estoy intranquila.

¡Cuánto desamor, Meggy! Tengo cuidado, te cuento algo, me siento en ese taburete tan incómodo, en el que no hay Dios que se pueda dormir, porque cojea por todos los lados, te cuento algo sin detenerme un momento, más tranquila que una santa, y sin dormirme...

INTERFONO. Pues parecía que preferías dormir...

LOTTE. ¿Cómo? ¿En dónde?

(Se oye de lejos la música del pasacalle.)

INTERFONO. Pero tus dibujos son bonitos.

LOTTE. Sí.

(LOTTE mira la carpeta.)

INTERFONO. El dibujo de Paul es bonito.

LOTTE. Sí.

INTERFONO. En el colegio eras la primera de la clase en trabajos manuales.

LOTTE. Soy habilidosa.

INTERFONO. Sí. Mucho.

LOTTE. Ahora quiero estudiar idiomas.

INTERFONO. ¡Uyy! ¡Idiomas! ¡Uf!

LOTTE. Cuando me haya divorciado, el Estado me dará dinero.

INTERFONO. Una beca...

LOTTE. Sí, una beca.. ¿Puedo subir, Meggy?
(*Después de una pausa.*)

INTERFONO. No me encuentro bien.

LOTTE. Sí, claro, lo comprendo.

INTERFONO. ¿Te vas a quedar más tiempo en Essen?

LOTTE. Estoy de paso: me voy a Sylt.

INTERFONO. ¿Sylt? ¿De vacaciones?

LOTTE. No. Voy a ver a mi hermano en Hörnum, a Bernd.

INTERFONO. Bernd, ¡el pequeño!

LOTTE. Fíjate, ya hace tiempo que es dentista y se ha casado con la hija de un dentista de Hörnum.

INTERFONO. Qué pequeña debía de ser yo a los siete años, cuando te juré eterna amistad; qué pequeña mi mano sobre tu corazón, ¡qué pequeña soy!

LOTTE. Ay, Meggy, ¡minúscula, minúscula!

INTERFONO. Aquel día de excursión al palacio Burg... ¡Eterna amistad!

LOTTE. ¡Sí, sí! Fue el día de la excursión. ¡Exacto! Por fin te acuerdas, ¡por fin! Sigue, sigue, no te olvides de nada.

INTERFONO. Ahora tienes unas tetas muy gordas en el lugar donde puse un día mi manita para jurarte amistad.

LOTTE. No es verdad.

INTERFONO. Sí que lo son.

LOTTE. Las tuyas también.

INTERFONO. Oyes, no tanto.

LOTTE. Meggy...

INTERFONO. Tetas gordas, sueño pesado.

LOTTE. Brazos largos.

INTERFONO. Ay, ¡cómo roncarás por las noches!

LOTTE. Brazos largos... ¡No hago ruido cuando respiro!

INTERFONO. ¿Brazos largos, y qué? No es fácil burlarse de mí, ¿eh?

¡Brazos largos! ¡Jesús! ¡No te atreves, ¿eh? ¡No te atreves a decir a quién has visto aquí arriba! ¿A quién has visto sentada en mi silla?

(Al fondo del escenario se ven volar sombreros, chaquetas, serpentinas, etc..., del pasacalle.)

No es fácil burlarse de mí, ¿verdad?

LOTTE. No.

INTERFONO. ¡Inténtalo!

LOTTE. No.

INTERFONO. Búrlate de mí y te dejo subir.

LOTTE. No puedo.

INTERFONO. Búrlate, haz un esfuerzo. Y si lo haces bien, te dejo mi cama para que puedas dormir.

(Después de una pausa.)

LOTTE. No hay cara que exprese lo que expresa la tuya, ¿no será porque lo que tú tienes no es una cara?

INTERFONO. Eso no es burlarse.

LOTTE. Sí, sí que lo es.

INTERFONO. No sé lo que tengo en la cara ¿En la cara?

LOTTE. Estoy demasiado cansada para poder burlarme de ti.

INTERFONO. Lástima. Pero tampoco es fácil.
(Último intento.)

LOTTE. ¿Quién es?
Tiene en la cara papada,
las pantorrillas como una cerilla,
y el trasero como un brasero.
¿Quién es?

INTERFONO. ¿Yo?

LOTTE. Sí.

INTERFONO. A ti se te ha ido la olla.
(Entra un hombre con tres camisas que acaba de recoger de la lavandería. Abre la puerta. LOTTE entra tras él en la casa. Aprieta la cara desde dentro contra el cristal de la puerta, mirando hacia el interfono.)

INTERFONO. Guerra. Despiadada. Animal. Basura. Desecho. Monstruo. Víbora. Escoria.

(Pausa.)

¿Lotte-Kotte? ¿Lotte?

(El INTERFONO se calla. Por la izquierda llega una mujer con su marido, un turco, cogida del brazo. Después de haber pasado por delante de la puerta de la casa, el turco se detiene de repente, se da la vuelta hacia el interior del escenario y empieza a emitir varios gritos. Grita palabras de una sílaba en alemán. "Beiss" (¡Muerde!). Al cabo de un rato "Tür" (Puerta). Parecen órdenes militares. LOTTE los mira desde detrás de la puerta de cristal. El turco grita, cada vez hace pausas más largas entre palabra y palabra: "Scheiss" (Mierda). "Mach" (¡Haz!). "Bier" (Cerveza). En eso se suelta la mujer de su marido, se aparta y lo observa desde un lado como a un extraño. LOTTE sale de la casa, toca un timbre, sin dejar de mirar a los dos...)

INTERFONO. ¿Sí?

LOTTE. Soy yo.

INTERFONO. Ay, Lotte, ya creía que te habías ido...

LOTTE. No; estoy aquí.

INTERFONO. ¡Sube!

(La puerta suena largo rato. El turco sigue gritando: "Eins" (Uno), "Wichs" (Paja), "Noch" (Aún), "Wann" (Cuando). LOTTE se acerca a los dos.)

LOTTE. ¿Qué pasa?

MUJER. No sé.

LOTTE. ¿Es su marido?

MUJER. Tengo miedo.

(Aparte de ciertas expresiones que adopta, no habla realmente el dialecto de Essen.)

LOTTE. Pero no tiene porque tenerle miedo a su marido.

MUJER. Nunca le había pasado una cosa así. Chilla como un marrano.

LOTTE. Eso sólo es porque está borracho.

MUJER. No aguanta nada. Lo han emborrachado hasta dejarlo con una berza de órdago: ¡Venga, tío, otro trago, y otro! Le envió a por dos paquetes de tabaco al bar de la esquina y se esfuma. No aguanta nada, en absoluto.

(Las mujeres observan al borracho que grita a intervalos: "Scheiss" (Mierda), "Fritz" (Fritz), "Futt" (Coño), "Hos" (Pantalón), "Nix" (Nada), "Komm" (¡Ven!) Por el interfono se sigue escuchando de vez en cuando: "Lotte, Lotte-Kotte...")

Pero sigue ahí, tieso como una estaca.

LOTTE. Sí, genial. Mantiene el equilibrio como un soldado. No todos los borrachos son iguales.

(El turco da una patada tan fuerte en el suelo con la pierna derecha, que se le dispara el zapato y sale volando.)

MUJER. Sólo le da vueltas la cabeza.

LOTTE. ¿Qué es? ¿Turco?

MUJER. Sí. Turco.

LOTTE. Le voy a preguntar a ver lo que quiere.

MUJER. No sabe hablar.

(LOTTE recoge el zapato; se acerca al borracho, se agacha y le calza el zapato.)

LOTTE. Tranquilo... Su mujer tiene miedo. Cuénteme qué pasa. Deje de gritar. Venga.

(LOTTE le coge del brazo.)

Por mí, que hable en turco. Ya le entenderé.

(El turco se deja llevar por LOTTE.)

MUJER. ¿Adónde va? ¡Eh! ¿Adónde?

LOTTE. Espéreme aquí. Voy a dar una vuelta a la manzana con él. Espérese aquí.

(LOTTE y el turco desaparecen por la derecha. La MUJER se dirige hacia la puerta, se apoya en la esquina frente a los timbres. Al cabo de un tiempo llega un hombre joven por la derecha, mal vestido. Se detiene cerca de la puerta, empieza a silbar "Dreh dich nicht un..." ("No te vuelvas...") La MUJER se da la vuelta y esconde la cara en el brazo que tiene apoyado contra el marco de la puerta.)

HOMBRE. Qué hay de malo, dijo fulano...
Escucha, Gaby, ya hace tiempo que nos conocemos. Sabes muy bien que no me paro a hablar con mujeres desconocidas en la calle, soy demasiado tímido...

(La MUJER le mira desde su escondite.)

MUJER. No le conozco de nada.

HOMBRE. ¿Lo ves? Sólo tengo que decir Gaby en voz alta y ya sé quién eres. Al final sé que no eres ni más ni menos que la buena de Ingeborg la de...

MUJER. ¡Vaya hombre!

HOMBRE. ... la de Leopold.

MUJER. ¡Déjate de idioteces y lárgate! ¡Vete de una vez!

HOMBRE. *(Se pone la mano delante de la boca.)*

O

(Amenaza con el índice.)

N

A

(Mano abierta, negando.)

N

I

S

M

O

¡Onanismo!

MUJER. ¡Ja, ja, ja!

HOMBRE. Así están las cosas en Essen. Tranqui, tranqui, colegui.

MUJER. Sí, sí, pasando, ¿eh?

HOMBRE. Vente al garito de la esquina Regina. Te enseñaré el truco de cómo se convierte una cerveza bien fría en un apretón de manos bien caliente.

MUJER. ¡Lo que faltaba! Allí están todos esos beodos que han vuelto loco al turco.

HOMBRE. ¿Qué turco?

MUJER. El turco, mi marido.

HOMBRE. No me aclaro.

MUJER. Mi marido, ¿vale? Está dando una vuelta a la manzana con "no-sé-quién".

HOMBRE. Oye, mira. Soy un simple lector de periódico. O sea, que lo de los turcos y todo eso me suena a chino. Como si me hablaras del ayatolah o del ayatolih. He oído hablar de eso, pero no me preguntes qué es.

MUJER. ¡Estás pirado! ¿Qué haces por el mundo con esa cabeza embutida de pan rallado?

HOMBRE. ¿Yo? Soy acompañante de viajeros.

MUJER. ... acompañante de viajeros...

HOMBRE. ¿Y tú?

MUJER. Tenemos dos tiendas. Una es de nosotros y la otra del hermano de Arslan. Una está en la calle Mevisse, al lado del aparcamiento, y la otra en Erlenbuch.

HOMBRE. ¿Tiendas de todo?

MUJER. Tiendas de fruta, verduras... Tienes que conocerlas. En Essen las conoce todo el mundo.

(Pausa.)

Acompañante, ¿de qué?

(Por la izquierda vuelve el TURCO, solo.)

HOMBRE. Depende. De caballos de carreras, candidatos electorales, obras de arte, señoras viejas, señores ciegos. De todo esos que no les gusta viajar solos, desde un niño de pañales hasta un cadáver.

MUJER. ¡Arslan! ¡Ven! ¿Dónde está la mujer? ¿Arslan?

TURCO. Bilmen gitti.

HOMBRE. ¿Qué ha dicho?

MUJER. Que no lo sabe; se ha ido.

TURCO. ¿Kis bu da am?

MUJER. Nadie, estamos aquí, porque sí.

HOMBRE. ¿Qué dice?

MUJER. Pregunta quién eres.

TURCO. Defolsun, gitsin.

MUJER. No, Arslan.

HOMBRE. ¿Qué?

MUJER. Que te diga que te marches,

HOMBRE. Sí, hazlo.

MUJER. No, espera.

TURCO. ¿Gitsin istemiyormusun, Karin?

MUJER. No, Arslan.

HOMBRE. ¿Eh?

TURCO. İyi, kalsin, öyleyse.

MUJER. Que te puedes quedar aquí

TURCO. ¿İsmi ne?

MUJER. ¿Cómo te llamas?

HOMBRE. Jürgen.

MUJER. Jürgen, ¿y qué más?

HOMBRE. Jürgen Jürgen.
(*La MUJER se ríe.*)

MUJER. Payaso. De pies a cabeza.

HOMBRE. Sí, eso parece.

MUJER. Jürgen, ¿tiene algún significado?

HOMBRE ¿Significado?

No sé. ¿Qué significa Hitler? Hitler tampoco significa nada.

MUJER. Pero mi nombre sí que tiene un significado: Damla significa gota de agua..., gotita de agua.

HOMBRE. Karin Gotita de agua.

MUJER. Si, Kari Damla.

TURCO. Sen benim karimsin, bir tanem...

HOMBRE. ¿Qué dice?

MUJER. Eres mi mujer y mi amor.

TURCO. ¡Bir tanem!

MUJER. Mi amor.

TURCO. Hayat merdivenin binlerce tas basamaklarından aşağı benimle beraber in.

MUJER. Me sigues..., escaleras abajo, ¿o cómo era?

TURCO. Binlerce tas basamktan...

MUJER. Los mil peldaños de piedra...

TURCO. Hayat merdivenin basanaklarından aşağı.

MUJER. ... descendiendo la escalera de la vida.

HOMBRE. Por eso, cuando te casas tienes que estar seguro de que no vas a encontrar nada mejor.

MUJER. Cierra el pico. Ellos se expresan así, con esa belleza.

TURCO. Haydi gidelim.

HOMBRE. ¿Qué?

MUJER. Vámonos.

HOMBRE. Sí. Me voy.

MUJER. No. Nosotros nos vamos. Tú te quedas.
(*El TURCO se acerca a la mujer dando un paso.*)

TURCO. Sen benim karimsin, bir tanem.

HOMBRE. ¿Qué pasa?

MUJER. (*Deprisa.*)

Eres mi mujer y mi amor.

(*La MUJER coge al hombre de la mano.*)

Quédate.

TURCO. Sus, tercüme etne.

MUJER. Calla. Eso no lo traduzco.

TURCO. Tercüme etne.

MUJER. No lo traduzco.

TURCO. ¡Agzini Kapa!

MUJER. Cállate.

TURCO. Oruspu.

MUJER. Eres una puta callejera, una mujer fácil, un ser vulgar.

TURCO. ¡Sus! ¡Sus! ¡Sus!

MUJER. Calla, calla, calla.

(El TURCO se da media vuelta y empieza otra vez a gritar palabras, monosílabos, como si fueran órdenes.)

TURCO. "Scheiss" (Mierda), "Tur" (Puerta), "Wichs" (Paja), "Komm" (Ven).

(El hombre se deshace de la mujer y se va corriendo por la derecha.)

MUJER. ¡Quédate aquí! ¡Quédate aquí! ¡Ay, no! Ay no.

(Se sienta en el peldaño de la puerta de la casa. Por la derecha viene el chico y su amiga. El está borracho.)

TURCO. "Eins" (Uno), "eins".

(El CHICO se detiene.)

CHICO. ¡Uy! Estás a tope, Alí Babá.

CHICA. Déjalo, va.

CHICO. Se le mojó la mecha y ya no se prende, ¿verdad?; o ¿qué le pasó?

MUJER. Está contando.

CHICO. Contando. ¿Qué es lo que cuenta? Se cuenta a sí mismo, el tío. Vaya, a toda la ciudad. Vete a casa, ¡tío!

Conoces a Malisberg y Siebert. Instalaciones para experimentos químico-técnicos. Depósito grande, oye..., yo he currado allí. Gases venenosos, ¡menu-

dos calderos! ¡Vaya tipos! Un día de estos, ¿me oyes, tío?, toda la ciudad... ¡Pum! ¡Pum!

CHICA. ¡Corta el rollo!
(Distraída.)

CHICO. Vete a tu casa, te digo... Toda la ciudad, no veas, todos en los bunquers... ¡Pum!

CHICA. ¡Vamos!

TURCO. "Eins" (Uno).

CHICO. ¡Pum!
(La pareja sale por la izquierda. El TURCO y su MUJER se quedan solos. Silencio.)

Oscuro.

V ESTACIÓN

Una cabina telefónica al borde de una carretera. En su interior, LOTTE, instalada como si estuviera en su casa, con objetos que ha encontrado: un pañuelo que le sirve de cortina, en la parte delantera de la cabina; una especie de taburete de bar, sobre el que está sentada junto a un árbol de caucho. Un vaso de leche sobre el teléfono, un espejo de tocador roto. Del techo cuelga una tira de matamoscas; un dibujo de PAUL, en la pared del fondo. De vez en cuando LOTTE echa una moneda de un marco en el aparato, marca siempre el mismo número, cuelga después de un rato.

Mientras tanto se escucha su voz a través de la instalación electro-acústica.

LOTTE. Querido Paul:

Espero que estas líneas te encuentren sano y con ganas de trabajar. Ahora estoy lejos de ti aunque sólo aparentemente.

Pude llegar en auto-stop hasta más allá de Luneburgo, desde donde tuve que volver caminando hasta allí.

Los recuerdos de nuestros primeros años en Saarbrücken serán siempre los más hermosos de mi vida. A veces marco nuestro número de teléfono de la calle "Trece de enero" y luego lo dejo sonar un largo rato en el vacío.

Podíamos haberlo hablado todo con tranquilidad, si hubieras querido.

Quiero estudiar idiomas.

También me detuve en Essen para visitar a mi mejor amiga del colegio, Mechthild Niedschläger (ahora señora de Wittich), pero desgraciadamente se encuentra en un estado físico y psíquico lamentable, y ya no se interesa prácticamente por nada.

Mañana iré a ver si encuentro entre los coches abandonados algún asiento o almohadón. Me duele el trasero. Por cierto, aquí al lado, en el bosquecito, precisamente hay dos coches viejos y casi los cubre la vegetación.

Otra vez. Exactamente igual que después de la última guerra. A veces pienso: quizás ha pasado algo y yo no me he enterado. Todas las personas de esta zona se han ido. No se ve a nadie. Las fronteras se han desplazado y hace tiempo que estoy aquí, en otro país.

Perdona el miedo que me entra de vez en cuando. En el fondo soy muy fuerte y ya encontraré la manera de volver a ser un poco más feliz.

En cuanto a ti, Paul, quería decirte, que sé que quieres a la mujer del vestido cerrado hasta el cuello, y ella a ti también. Espero, sin embargo, que ahora tú también descubras que se es mucho más feliz y se siente algo mucho más fuerte, cuando se quiere a alguien de verdad, en lugar de dejarse querer por el otro.

Querido Paul, te estaré buscando siempre, sólo es un decir, no te preocupes.

Dios es muy simple. Dios no se disfraza y no engaña a nadie.

Tu Lotte.

P. D.: Por favor, saluda a todos de mi parte. En especial a la niña de la tienda de campaña.

Oscuro.

VI

LA FAMILIA EN EL JARDÍN

El lugar de la barbacoa, en el jardín. En la parte de delante, una mesa baja con cinco sillas de jardín. A la derecha, la barbacoa; a su lado un carrito con bebidas. Una columna con una estatua de la Virgen. Sillas, mesa y barbacoa están sujetas al suelo con cemento. Alrededor de la mesa vacía están sentados: ALBERT, WILHELM, su PADRE y su hermana JOSEFINE; frente a ellos, LOTTE, junto a su hermano BERND.

Las personas cambian a menudo de sitio distrayéndose con la bebida o la comida. LOTTE lleva el traje de chaqueta de dos piezas que cada vez parece más descolorido. Está haciendo un boceto de ALBERT, el hombre joven.

LOTTE. ¿Ya no te acuerdas de mí, Albert?

ALBERT. Sí.

LOTTE. Yo te reconozco, pero tú ya no. Te has hecho tan mayor...

ALBERT. Sí.

WILHELM. ¿O sea, que quiere ocuparse un poco de mi hijo único?

LOTTE. Bueno. Sí. Pero tutéame.

WILHELM. ¿Qué te parece, yerno?

(BERND le da, nervioso, cuerda al reloj de pulsera.)

BERND. Yo me digo: ¿Cuál es la situación? Tú estás casada, hermana, ¿no?

LOTTE. Vivimos separados.

BERND. ¿Amor? ¿Compasión? ¿Inclinación educadora?

WILHELM. Mire, mi hijito necesita más un apoyo que distracción.

(LOTTE a BERND)

LOTTE. Nestler, ¡deja de toquetear el reloj!

WILHELM. Hace ya tres años que está esperando el niño una plaza para estudiar Odontología. Tres años de espera. Con dos años de servicio militar a cuentas. ¡Servicio al “Estado Social”! Total, que ya tiene veinticinco años, y mientras, anda estudiando Teología. Está perdiendo sus mejores años y en su profesión no tiene salida. Es un don nadie. Se pasa el día en Hörnum y no dice más que disparates.

BERND. Tampoco le resultó más fácil a la generación de la posguerra.

WILHELM. ¿La generación de la posguerra? ¿Tú eres de esa generación?

¡Caramba, Bernd! En los años sesenta se os dio todo hechito. Con un poco de enchufe uno salía de la escuela y entraba directamente en la profesión.

LOTTE. Nosotros no teníamos ningún tipo de relaciones. Nuestro padre no era rico. Sólo era un pequeño empleado de las “Fuerzas Eléctricas”, y mi hermano no tenía un consultorio esperándole para meterse sin más —tarde o temprano— como en el caso de Albert. Y si no, hoy en día tendría su propio consultorio en lugar de ser tu asistente.

(Al mismo tiempo que BERND.)

WILHELM. ¡No es mi asistente!

BERND. ¡No soy su asistente!

LOTTE. Pues algo parecido. Un dependiente con-
sorte.

WILHELM. Sí, sí. Tinieblas, tinieblas. Un estado,
un "Estado Social"..., pero sobre eso no se puede
hablar con vosotros.

(Pausa. LOTTE dibuja.)

JOSEFINE. Veintiocho mil marcos.

*(LOTTE se inclina hacia ALBERT; intenta acercarse
con la silla.)*

LOTTE. Antes de haberte conocido, Albert...
¿Por qué estoy tan amarrada? ¡Maldita sea! ¡Todo
está como encadenado, como tapiado!

WILHELM. ¿Cómo crees que estaría mañana el
jardín, si no estuviera tapiado y cerrado?

LOTTE. Antes de haberte conocido, Albert, estaba
petrificada de dolor, como esa estatua.

WILHELM. Sí, sí, es cierto.

*(Ninguna reacción por parte de ALBERT. LOTTE se
vuelve a inclinar hacia atrás. Para decir la siguiente
frase se corre hasta el borde de la silla.)*

LOTTE. Mil pensamientos pasan por mi cabeza...,
mil pensamientos que no tienen sentido...

WILHELM. Sí, sí..., es cierto.

(LOTTE se vuelve a inclinar otra vez hacia atrás.)

LOTTE. Dime alguna pequeña frase en francés.
Porque cuando se sabe francés como tú...

WILHELM. Sí, claro.

ALBERT. Pero si casi no sé...

LOTTE. Anda, venga. Seguro que sabes francés e
italiano también.

ALBERT. De italiano no tengo ni idea.
(*ALBERT se ríe, los dos se ríen.*)

LOTTE. No me digas, ¿en serio?
(*JOSEFINE intenta levantarse, pero se le doblan las piernas, se vuelve a sentar. JOSEFINE habla con sus piernas.*)

JOSEFINE. Cuando las piernas empiezan a hacer esto... Quizá ya no vuelva a ser nunca más como antes.

BERND. Son las dos y cincuenta minutos, Finita. Ni siquiera las tres, Finita. Quizá deberías esperar media horita más...
(*JOSEFINE se levanta.*)

JOSEFINE. Bernd, tú te callas. ¿Dónde están mis veintiocho mil marcos?
(*JOSEFINE se dirige al carrito de las bebidas, examina las botellas una por una... El padre la sigue, se queda de pie junto a ella, preocupado.*)

WILHELM. Nada fuerte, Josefina. ¡Nada fuerte!

JOSEFINE. ¿Qué tomo?

WILHELM. Por favor, muchacha.

JOSEFINE. ¿Con qué empiezo?

WILHELM. El día es muy largo...
(*Josefine coge al final una botella de vodka o ginebra, se llena un vaso hasta el borde. El padre intenta, por un lado, ayudarla; por otro, evitarlo. Le acaricia el pelo mientras bebe. La vuelve a acompañar a su sitio...*)

ALBERT. Lotte, ¿ese traje que llevas puesto es la última moda para abuelitas? El último grito.

LOTTE. Creí que me había arreglado más o menos bien. Eso creía.

ALBERT. Espero que no te hayas olvidado de ponerte bolsas de naftalina en el dobladillo.

LOTTE. Eres un bobo.

ALBERT. Me gustaría saber qué cara pones cuando se habla contigo de sexo.

WILHELM. ¡Déjalo, Albert! ¡Déjalo estar!

ALBERT. Me parece que te puede cambiar la cara si se tocan ciertos temas sexuales.

LOTTE. No insistas tanto en lo mismo.

ALBERT. ¿Es que no quieres hablar conmigo de temas sexuales?

LOTTE. No es eso, pero...

ALBERT. ¿Pero? ¿Sabes, Lotte, que hay madres cariñosas que masturban a sus niñitos cuando lloran...?

LOTTE. ¡Por favor, deja el tema sexual!

ALBERT. ¡Mirad que cara más bonita se le pone! ¡Y con tan pocas palabras! Un punto, otro punto y una raya, ¡y ya está la perfecta expresión sexual!

WILHELM. Escuche, Lotte... Allá detrás brama el mar... y aquí está hablando mi hijo mientras va subiendo la peor de las mareas...

Cuando el mar se calla, y baja la marea, entonces...
(WILHELM se ve obligado a levantarse porque JOSEFINE se ha vuelto a acercarse disimuladamente al carrito de las bebidas. La alcanza y la vuelve a acompañar a su silla.)

ALBERT. Y hay otras madres, o las había, menos cariñosas, que ataban al cuerpo de sus hijos un aparato con un timbre conectado al dormitorio de los padres, que les avisaba de cada erección del niño. Una madre así tuvo mi padre.

WILHELM. Me voy con mis dos hijos bajo brazo. Albert bajo el brazo izquierdo, y Josefine bajo el derecho: y salgo de una vez de esta tierra nórdica, en donde no nací, ni nacieron mis hijos.

Me iré lejos del Mar del Norte, lejos del viento del Mar del Norte, en donde el yodo nos ha envenenado a todos.

Dejo aquí todo lo nuestro, y os llevo a los dos, tiernos pajarillos, si por fin dejáis vuestras maldades: tú, tu melancolía, tú, tu histeria, tú, tu silencio, tú, tu charlatanería, tú, tu mirada fija, tú, tu mirada provocadora...

JOSEFINE. Oye, se está burlando de nosotros.

LOTTE. ¿Burlarse? ¡Qué va! Se preocupa. Le torturáis.

JOSEFINE. Ahora te voy a decir una cosa: tu hermano Bernd me ha robado.

LOTTE. ¿Robado?

(Lotte a Bernd.)

Deja de manosearte de una vez. ¡Ya está bien!

JOSEFINE. Me ha robado, sí. Veintiocho mil marcos en oro y papel. Detrás del revestimiento de madera del dormitorio. ¡Todo lo que me pertenecía!

WILHELM. No debías haber escondido tal cantidad en un mismo lugar.

JOSEFINE. Pero quién iba a imaginar que el dinero no estaría seguro ni ante mi propio marido. No tenía que haberle mostrado el escondite.

LOTTE. Bernd, habla tú.

BERND. Hace más o menos un año cogí de detrás del revestimiento de madera del dormitorio veintiocho mil marcos, y me los quedé.

WILHELM. En fin, estamos discutiendo desde hace semanas sobre el mismo tema. ¿Hay que sacarlo a relucir cada vez?

JOSEFINE. Es la hermana. Pertenece a la familia. Que lo sepa.

LOTTE. ¿Por qué robas?

JOSEFINE. Nadie conocía el escondite. Sólo él. A mí casi se me había olvidado.

WILHELM. Pero si él lo reconoce, lo reconoce.

JOSEFINE. Seguramente pensaba que nunca iba a ir a buscarlo, o quién sabe cuándo...

LOTTE. ¿Por qué robas? Antes nunca robabas. ¿Por qué? De todas maneras aquí te pertenece o te pertenecerá —tarde o temprano— todo.

BERND. No del todo.

LOTTE. ¿Has devuelto el dinero?

BERND. No.

LOTTE. ¡No!

BERND. De momento me es imposible...

LOTTE. ¿Qué hiciste con los veintiocho mil marcos?

BERND. No quiero hablar de eso.

LOTTE. Ah, bueno.

JOSEFINE. El señor no quiere hablar de eso con nosotros.

WILHELM. Desgraciadamente, hasta ahora no lo hemos podido saber.

(Se dirige a BERND.)

Escucha, no nos molestaría que nos dieras al menos una ligera explicación.

LOTTE. ¿Has especulado en la Bolsa? ¿Has jugado? ¿Te has endeudado jugando?

BERND. No...

(BERND piensa.)

No quiero hablar de eso.

LOTTE. Robarle a tu propia mujer... ¡Por Dios! ¡Es increíble! ¡Por lo menos, dime por qué! ¡Y deja ya de estirarte los pantalones!

WILHELM. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? ¡Es ir demasiado lejos! ¿O qué?

(WILHELM se levanta de repente.)

Abandona mi jardín, mi casa, y mi consultorio. ¡Aléjate de nosotros!

JOSEFINE. ¡Eh! ¡Eeeeh!

(WILHELM vuelve a sentarse.)

WILHELM. ¿Lo ves?

JOSEFINE. Piensa lo que vas a decir, padre. No hables al pedo.

WILHELM. ¿A qué instancia se puede recurrir para que le juzgue? ¿A la familia?

La familia exige mil consideraciones, la familia es la selva que protege al delincuente, en la que puede ocultarse sin que le atrapen.

(BERND se levanta.)

JOSEFINE. ¿Adónde vas?

LOTTE. ¿Adónde vas?

BERND. No me voy.

(BERND se dirige hacia un montón de periódicos que están cerca de la barbacoa, y los despliega lentamente sobre el suelo para, luego, limpiar la piezas de la barbacoa.)

LOTTE. He de decirles que yo quiero a mi hermano y me siento responsable, soy su hermana mayor y siempre me he ocupado de él.

JOSEFINE. Bueno. Está bien. Dejémoslo estar. El año pasado tuve una pequeña tienda de artesanía en Keitum. Para este año no tenía nada previsto... También podía haber tenido un hijo...

LOTTE. Josefina, ¿qué piensas hacer? ¿Piensas divorciarte?

JOSEFINE. No sé. Aún le quiero. Debería darle vergüenza.

WILHELM. ¡Pero si no le da vergüenza! ¡Déjalo estar!

LOTTE. ¡No! ¡Hay que ser justos! Por favor, mirad lo que está haciendo ahí, en el suelo. ¡Se avergüenza de lo que ha hecho! ¡Hay que ser justos! Albert, ¡fíjate tú también!

ALBERT. ¡No te sulfures! ¡A mí me da exactamente igual!

JOSEFINE. Apatía, claro. Apatía significa apatía por todo. ¡Tómame un estimulante!

ALBERT. ¿Quieres que me meta en tus asuntos sexuales, Fina? ¿Robo y vergüenza? ¡Por Dios, qué va! ¡El robo es algo mucho más profundo, ¿oyes? Algo terriblemente sexual, algo fuera de serie, un grito de locura, una “subida” demencial. Y tú no dejas de hablar como si fueras una azafata de congresos. ¡Tú no acostumbras a hablar sobre el sexo! ¡Estás hablando durante todo el tiempo de tu sexo y no te das cuenta!

JOSEFINE. ¡Sexo!... ¿Qué tiene de sexual? Quizás si me hubiera engañado, sí. ¡Pero me ha robado, es un sentimiento que no tiene nada que ver!

ALBERT. ¡Porque tú de sexo no tienes ni puñetera idea!

JOSEFINE. Albert, no me identifico con tu filosofía. Así que, ¡déjalo!
(*LOTTE a BERND.*)

LOTTE. ¿No te quieres sentar con nosotros?

BERND. Estoy limpiando la barbacoa.

LOTTE. (*Casi divertida.*)

¿Y qué has hecho con tanto dinero?

(*BERND no contesta. Sigue desplegando periódicos.*)

(*LOTTE seria.*)

Bernd, te veo cambiado.

BERND. Pst. Soy un pesimista.

LOTTE. ¿Un pesimista? Eres un ladrón. No intentes darle la vuelta a las cosas.

JOSEFINE. Estoy segura de que tiene deudas en secreto...

LOTTE. ¿Tienes deudas en secreto?

BERND. Ser pesimista...

LOTTE. (*A JOSEFINE.*)

Aparentemente.

BERND. ... no es tan fácil hoy en día. Es más bien la idea que tiene el hombre de lo bueno en el hombre, lo que nos une. Es una especie de vínculo. Pero si eres escéptico y ves negro el futuro de la humanidad, poco a poco te irán evitando hasta tus mejores amigos. Sin haber ofendido a nadie. Personalmente puedes ser una bellísima persona, pero si eres un pesimista te dejarán solo. Debería ser

posible ser un pesimista sin tener que despreciar al hombre por eso. Debería ser posible ser pesimista y al mismo tiempo muy sociable.

(JOSEFINE se ha levantado y se dirige hacia el carrito de las bebidas; a medio camino se da una vuelta y se queda junto a BERND. WILHELM la sigue.)

JOSEFINE. Quizá se trate simplemente de una crisis que te ha descentrado... Los nervios hacen lo que quieren. Un hombre le roba a su mujer. Eso no sucede ni en tiempo de guerra. Ahora en vez de una guerra pasa esto. Mala suerte.

(JOSEFINE se dirige hacia la bebida.)

(WILHELM cuchichea a BERND.)

WILHELM. A propósito, aún no has pagado la suscripción anual de las revistas... te lo recuerdo.

(WILHELM sigue a JOSEFINE. LOTTE se inclina sobre el respaldo de la silla para hablarle a BERND.)

LOTTE. ¿Y ahora, adónde...?

BERND. ¿Qué quieres decir?

LOTTE. No podemos quedarnos aquí, hermano.

BERND. ¿Por qué no?

LOTTE. Yo pensaba que podía quedarme aquí durante algún tiempo.

BERND. Paciencia y una caña.

LOTTE. De niño no robabas... Pero cuando rezábamos, jugabas con tus bíceps... ¡Así eras tú! No hagas eso, decía mamá. No lo hagas, si no el Ángel de la Guarda no te hará un hoyito en la barbilla como a ti te gusta.

Querías tener a toda costa una cosita de esas en la barbilla cuando fueras mayor.

BERND. Bueno. Efectivamente, ahora lo tengo.

LOTTE. Yo no veo nada.

ALBERT. Es mucho peor sentir miedo cuando hay oscuridad.

LOTTE. Quiero volver a vivir cerca de un río. Mis mejores años los he pasado cerca de un río. ¡Qué corriente tenía!

BERND. Aquí tenemos el mar. El mar tiene muchas ventajas.

LOTTE. Aquí no nos podemos quedar.

BERND. ¿Por qué no?
(JOSEFINE y WILHELM vuelven a la mesa. Esta vez trae un vaso lleno hasta el borde.)

ALBERT. Pero, ¡escuchadme! ¿Qué estáis haciendo conmigo?

WILHELM. ... cuando se calla el mar y baja la marea, entonces...

LOTTE. No es preciso que acapares toda la atención, Albert.

WILHELM. Está bajando la marea y él tiene miedo.

(WILHELM le coge la mano a ALBERT.)
La naturaleza es un ser rencoroso. Ahora mismo está pensando, hijo mío. Esta pequeña familia... esta familia tan pequeña... no hay por qué herirse... ¡cuidado!... ¡no hay por qué herirse mutuamente!

JOSEFINE. Eso debe ser algo parecido a aquellas crisis de sonambulismo que tenía.

WILHELM. ... y siempre puntual, cuando cambia la marea...

JOSEFINE. Un sonambulismo crónico, ¿eso existe?
En fin.

De todos modos yo tampoco lo sé.

LOTTE. ¿Te gusta tomar un trago de vez en cuando, verdad?

Te viene bien para dormir.

JOSEFINE. *(Sonríe.)*

También.

LOTTE. ¿Y puedes dormir sin... beber?

JOSEFINE. Mejor si tomo un poco.

(Sonríe amablemente.)

Oscuro

VII

SE HA EQUIVOCADO

Escenario vacío. Lotte sentada sobre un taburete. Cara muy pálida, rimel corrido bajo los ojos. Un libro gigantesco, abierto delante de ella, en el suelo.

LOTTE. ¿Adónde?

No hay respuesta.

Tal y como estoy aquí, sentada,
debería haberme ido hace tiempo.

No debo olvidar
que tengo ganas de irme,
tal y como estoy aquí, sentada.

Frieder se fue
y "No-Frieder" también se fue;
Egbert se fue,
Inge se fue,
Sören y el turco se fueron,
Wilhelm, Meggy, Pechtstein
y Karin también.
Paul fue el último en irse.

Norte Sur
Este Oeste
Todo, en todo lugar.
Noreste
Nornoreste
Lejanía inimaginable.
Un grado, una raya,
si no hay nadie

entonces, un grado; dos rayas
en caso de defunción.

Cielo o infierno

libro o mar:

no sabría decir

dónde pueden estar metidas

las rosas de los vientos

y la rosa de la calma, además:

no hay otra cosa.

Ese es el círculo.

o el óvalo

de la existencia.

Paul no se quedó,

la habitación tampoco.

Bernd y nuestra hermana Annegret

no se quedaron.

Bergward, papá y el payaso Grock

no se quedaron.

Sí, en este libro ni siquiera quedó la letra de
los invitados.

La escritura tampoco permaneció.

Me encuentro completamente en el vacío

pero no quiero quedarme tan blanca

como el libro.

¡Yo, no!

Pero si las páginas ciegas siguen absorbiéndolo
todo

entonces, entonces me encomiendo a Dios,
pobrecita de mí.

¿Adónde?

Cualquier paso puede ser en falso.

¿Adónde ir en este universo?

Totalmente libre, libre
completamente.

Suponiendo que vaya a buscar a Paul...

Suponiendo que sepa por dónde empezar...

No. Si pienso así, no me podré levantar.

Pensar así nunca ha levantado a nadie de su silla.

Cuidado, pobrecita de mí, ¡cuidado!

Lo pensado, pensado está.

Eso no se puede tachar

como un renglón prohibido de un libro.
Pero mientras sea yo la que piensa estas cosas,
sólo pueden ser falsas, equivocadas.

O como diría Paul:

Quédate ahí sentada, tranquilamente,
y no hables por hablar.

Todos nosotros volveremos pronto.

Bueno. Bien.

Así es que a todo lo que pienso, digo:

¡No!

Antes, cuando a veces era incapaz de olvidar,
estaba Emilie que me ayudaba mucho.

Emilie se fue antes que Karl,

Karl antes que Dorothee,

Dorothee se fue antes que Johann.

Pero el último en irse fue Paul.

¿De dónde?

Irse, irse e irse para siempre.

Las cosas se diluyen.

Hasta aquí, esto es todo lo que sabe la ciencia.

Y si no, ahí está el libro de los invitados.

El libro pierde su escritura.

O, por ejemplo, la boca:

la boca pierde su carmín.

Las cosas se diluyen.

El campo pierde la simiente.

La muerte, sus muertos.

Las cosas que un día armonizaban,
al otro día se cansan, y salen despedidas.

Lo mismo que todo el universo
explota con lentitud infinita.

Nosotros nos caemos, como en los sueños,
nos separamos estallando hacia arriba.

Visto así, las cosas adquieren su verdadero signifi-
cado.

Todo, y por todas partes: estallando, hacia arriba.

¿Por qué resistirse al movimiento general?

¿Oyes? ¡Taburete!

¡A tí es a quien quiero!

¡A tí es a quien quiero!

¿Podrá oírme?

Depende.

En el Oeste, tal vez.

Visto desde aquí no hay más de unos ocho mil kms.
para llegar al final del Oeste:
donde acaba América y comienza el Este.

En el Oeste me podría oír Paul

¡Podría! Aunque muy débilmente, apenas casi.

Quizá notaría un susurro,

y lo confundiría con su voz interna.

Su vocecita,

a la que de todas maneras no hace caso...

Bueno, eso es lo que suele decir.

Nadie sabe

cómo son las cosas realmente.

Nadie vuelve, evidentemente.

Es lo que se dice.

Hasta hoy, nadie, ni uno.

¡Despierta! ¡Viejo, vago!

Sólo tú y yo seguimos aquí plantados.

Tú, sobre la tierra, y yo sobre ti.

¿Dices que la evolución nos ha superado?

¡No es motivo suficiente como para dejarse llevar,
viejo!

¡El hombre siempre anhela alguna cosa!

¡Siempre hay algo que está a punto de ocurrir!

(Se levanta.)

Clin-clan-gloria.

Hoy, hermoso cielo, eres único.

Nubes. Húmedas panzas, show aeronáutico.

Nosotros, pequeña tierra, llegaremos al mundo
mañana.

Clin-clan-gloria.

¿Es que no sabe lo que dice Lotte?

(Al taburete.)

No, caballero; ¡ay!...

Su novia, la malquerida, ya no lo sabe.

¿Te has llamado mi novia?

Simplemente lo decía por cortesía,

Padre Todopoderoso.

No sabía que estaba usted tan cerca.

(De repente, como si estuviera en su apartamento.)

¡Dios mío! ¡Menudo desastre!

No, por favor, ¡déjame!

No soy esa por la que usted me toma.

Sólo he metido un poco la pata, hablando.

¿Y qué? No lo pensé.

Lo juro, fue sin ninguna intención.

Pero no se me acerque más, reverendo Creador, se lo ruego.

No puedo ser para usted ni cáliz, ni patena, ni otro recipiente,

a menos que quisiérais verme reventada

y destrozada en mil pedazos,

y ya estoy que reviento.

No puedo cargar encima con usted.

No soy bastante fuerte.

Ay, ese amarillo, ¡no!

¡Le tengo fobia al amarillo!

Ese amarillo luminoso, ¡no!

Elige a Josefina o a Meggy.

Ellas saben leer la mano.

¡Pero yo no!

¡Yo no soy digna!

Señor, ¿es éste mi castigo?

¿Sólo porque he estado hablando un poquito conmigo misma?

¿Qué voy a hacer?

¿Por qué les mandó irse a todos los demás?

¿Por qué?

¿Qué?... No entiendo nada.

¡Déjame! ¡Fuera! ¡Se ha equivocado!

¡No! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

(Levanta el libro.)

El libro, el libro

tan vacío como está y aún sigue pesando.

¡No me toques! ¡Vete!

(Se pone el libro sobre la cabeza.)

¡No me toques!

(Golpea el taburete con el libro; lo destroza; y al mismo tiempo ella cae al suelo; levanta el libro en

posición vertical de tal manera que la protege de los restos del taburete. Está en cuclillas, la espalda contra el ángulo del libro abierto.)

No creo que haya podido quitármelo de encima.
Se mete por donde quiere.

Seguramente ya ha llegado al lugar que quería.

(Se rasca la espalda, se mira la mano manchada de sangre.)

¡Sangre! ¡Por qué me sangra la espalda?

(Intenta mirarse la espalda, se da la vuelta, se agacha delante del libro. Por el lado izquierdo del libro sale de una pequeña grieta, sangre. Lee como si estuviera descifrando una escritura que poco a poco se va formando.)

Fe, Esperanza, Caridad.

Feesperanzacaridad. ¡No!

(Cierra el libro. De la grieta sigue saliendo sangre. Arranca un pedazo de su vestido e intenta limpiar el libro.)

¡Puede conmigo!

Ya lo veo venir, ¡puede conmigo!

Ay, ¿por qué no he estado más atenta?

Primero manda irse a todos.

Y luego se me echa encima.

Primero manda irse a todos

y luego empieza a trabajarme poco a poco...

(Limpia y abraza el libro.)

No puede ser..., no puede ser...

Oscuro

VIII

DICTADO

Alf, un joven administrador está utilizando en su mesa de trabajo una calculadora. Desde una habitación vecina se escucha, en segundo plano, el sonido de una máquina de escribir eléctrica.

ALF. *(Habla por el dictáfono.)*

Querida señorita Dommermuth, el lunes por la mañana estaré hasta la una con el encargado de la sección planificadora. Por favor, prepare la nota para la subasta pública de "City Live".

Espero llamada. Pausa de reunión sobre las diez y media.

Le dicto a continuación una carta para Wollenhagen.

(Vuelve a sacar cuentas. Se levanta, se dirige hacia el fondo, vuelve, habla por el dictáfono.)

Señorita Dommermuth, no se asuste si mañana por la mañana hay una señora desconocida en el despacho. Una conocida mía. Quiere introducirse un poco en nuestra empresa. Déle cualquier trabajo. Tiene (*carraspea*) muy buena voluntad...

(LOTTE aparece por el fondo del escenario con un montón de papeles. Lleva un vestido largo, ligero, casi de verano.)

LOTTE. Toma. Lee lo que he estado escribiendo durante todo el día.

(ALF mira a lo lejos, ignorando los papeles.)

LOTTE. ¿No te interesa?

ALF. Pero si eso no lo has escrito tú, Lotte. Lo has copiado.

LOTTE. ¿Copiado...? ¿Y?

¿Y eso no vale nada?

Mientras lo copio estoy totalmente metida en el asunto, yo, ¡tu amiga!

ALF. Lo has copiado muy bien. Un buen trabajo.

LOTTE. ¡Léelo!

ALF. No.

(LOTTE suspira, enfadada.)

Si quieres hacemos ejercicios de dictado de carta, y todo el tinglado que se ha de saber para eso.

LOTTE. De acuerdo. Ahora mismo. Ya puedes empezar.

(LOTTE coge lápiz y papel y se sienta al borde de la mesa.)

Mi ambición es saber tanta taquigrafía como la vieja Dommermuth.

ALF. Sabes que la Dommermuth no es una vulgar mecanógrafa. En treinta años de trabajo en la administración municipal se ha convertido en una perfecta ayudante.

LOTTE. Eso también lo puedo conseguir.

ALF. A veces tengo la impresión, Lotte —dejando aparte el cariño que te tengo— de que te estás metiendo de manera demasiado apresurada en mi vida cotidiana.

LOTTE. Quiero ayudarte, Alf.

ALF. Te metes en mi vida cotidiana de manera descarada, considerando que sólo hace catorce días

que nos conocemos, y que hasta ahora no deja de ser un primer acercamiento.

LOTTE. No. No, Alf. No tengas miedo. Quiero ayudarte.

ALF. No te olvides de tu propia independencia, por favor. Hoy en día se valora mucho más a una mujer si sabe ser independiente. Incluso si mantiene cierta distancia, cierta frialdad.

LOTTE. ¡Claro, hombre! Por eso estoy aprendiendo el trabajo de oficina.
¡Vale! ¡Díctame!

ALF. Escribe... Señor doctor Neuffer...
Muy señor mio...

LOTTE. Arriba, a la izquierda, el nombre completo y la dirección...

ALF. Muy señor mío...

LOTTE. Nombre y dirección.

ALF. Están en el fichero, Lotte.

Estimado doctor:

Finalmente todo llega para el que sabe esperar.

Después de largas discusiones con mis colegas del Departamento de Jardinería, tengo el gusto de comunicarles a usted y a sus colegas, la aprobación del permiso para la construcción de un campo de adiestramiento canino en el recinto de su parcela.

Las prescripciones establecidas por el departamento de construcción...

¡Por favor, no repitas continuamente el texto conmigo!

... de este ayuntamiento para el permiso de obras —entre paréntesis— valla de seguridad, construcción del estacionamiento de vehículos, etc..., les serán comunicadas en breve por el concejal Bels —B e l s—.

LOTTE. Construcción de estacionamientos..., y demás.

ALF. Sí. Y demás...

LOTTE. No, ¿“y demás” en lugar de “etc”?

ALF. Querida, no me preguntes...

Con respecto al reglamento para la protección de ruidos por la noche, no veo ningún inconveniente en este sentido. En su inmediata proximidad no existe ninguna zona residencial. Desde luego sería aconsejable no comenzar los adiestramientos demasiado temprano, sobre todo los fines de semana. Atentamente les saluda...

LOTTE. ¿“Los fines de semana”? ¿Se dice así?

ALF. ¿Por qué no?

LOTTE. Los fines de semana... ¡Vaya!

ALF. Escribe lo que quieras.

LOTTE. Los fines de semana, se me ponen los pelos de punta...

¿Iba en serio la carta? ¿O era sólo un ejercicio?

ALF. En serio, sí, en serio.

LOTTE. De acuerdo. Ahora mismo la escribo.
(*Se dirige al fondo, escribe en la habitación de al lado a máquina.*)

ALF. (*Al dictáfono.*)

Dommermuth...

Es terrible. No sé lo que pasará...

Esta amiga mía... Casi no la conozco, apenas tres semanas.

Nos conocimos en casa de Walter, nos reímos juntos, luego se vino conmigo a casa, y ahí se ha instalado. Ya no se va. Una carga. ¿Qué pasará? Miedo.

(LOTTE aparece con casco y chaqueta de motorista, tirando de un pequeño trineo. Sobre el trineo, una carta. ALF se levanta, la mira atónito, se coloca junto al escritorio.)

LOTTE. Voy a llevar la carta a correos.

ALF. No hay nieve.

LOTTE. Voy a coger la "Honda".

ALF. O sea, que sabes ir en moto, Lotte.

LOTTE. Sí.

ALF. ¿Y dónde tienes la moto?
(LOTTE estira un poco de la cuerda del trineo.)

LOTTE. Aquí. Siempre la llevo conmigo.

ALF. No sabes ir en moto.

LOTTE. Sí que sé.

ALF. ¿De dónde has sacado esa vestimenta y el trineo?

LOTTE. Siempre los llevo conmigo.

ALF. Enséñame la carta, Lotte.
(LOTTE le entrega la carta.)

LOTTE. Aquí está la carta.

ALF. Querido Paul:
Ha llegado mayo. Los árboles están en flor. Amo al alcalde. Lo amo por todo mi corazón. Un año más. Y aún queda por ver lo que haré de mi vida. ¿Tengo yo la culpa de que se hayan desvivido las plantas de nuestra salita? Sí. Yo misma soy una enredadera que trepa hacia abajo. Yo seré siempre tu Lotte "Filodendrón".

LOTTE. En vez de "corazón" se puede decir "unicornio". Por todo mi unicornio.

(ALF mira la carta, asiente con la cabeza.)

ALF. Hmm, hmm.

LOTTE. El corazón siempre fue el unicornio que hasta ahora nadie ha visto.

ALF. ¿Quién es el alcalde?

LOTTE. Tú.

ALF. ¿Por qué me llamas alcalde?

LOTTE. Porque gobiernas a los ciudadanos.

ALF. No es verdad, no lo hago.

LOTTE. Claro que sí. Me he enterado de que eres el alcalde.

ALF. ¿Y cómo te has enterado?

LOTTE. Estamos en Saarbrücken, es un pueblo, y además se te nota en la voz.

ALF. No soy alcalde.

Aquí estás en...

Soy funcionario del departamento de construcción.

No soy el concejal, ¿entiendes?

LOTTE. Sí.

ALF. ¿Volvemos a ser sensatos?

LOTTE. Sí.

ALF. La carta..., la carta es terrible. Así no puede ser. Terrible.

Vuelve a escribirla de nuevo. Piensa bien lo que quieres decir.

¿Qué quieres decir?

LOTTE. Quiero el divorcio.

ALF. Eso no lo dice la carta.

LOTTE. Paul lo sabe.

ALF. ¿Qué quieres decir con eso de “lo amo por todo mi corazón”?

Eso no existe. ¡Es una mierda! ¿Entiendes?

O dices: lo amo por encima de todo,
o dices: lo amo de todo corazón.

LOTTE. No. Paul ya entiende.

ALF. Y luego debería ser “las plantas se han muerto”.

LOTTE. Las plantas han desvivido.

ALF. No existe, no existe. Terrible. No sabes utilizar el vocabulario. ¡Y, por otro lado, quieres escribir cartas de súplica!

¡Vuelve a escribirlo todo de nuevo! Y piensa bien lo que quieres decir.

(LOTTE coge la carta.)

LOTTE. Sí. Ya no sé ni escribir mis cartas.

ALF. Y ahora te quitas esa vestimenta ridícula... Ven aquí.

(Mientras él la está ayudando a desvestirse, LOTTE tropieza de repente con un torpe movimiento con el casco contra la barbilla de él. El grita “Ay”, y en un arranque de furia empieza a golpear el casco. LOTTE se queda de piedra. El, coge una regla de la mesa y golpea el casco hasta partir la regla. LOTTE se da media vuelta y se va, tirando hacia el fondo del escenario.)

ALF. Así, no salgo contigo; así, no quiero que me vean contigo.

LOTTE. No hace falta. Yo no dejo que me pegue nadie.

(LOTTE se va a la habitación vecina, vuelve a escribir a máquina.)

(ALF se avalanza sobre el dictáfono.)

ALF. Dommermuth,
acabo de golpear a Lotte. Dios mío, horrible. Un
ataque de ira. Lotte mentalmente cambiada. Tengo
que ayudarla. Perdí los estribos. Perdí el control de
los nervios. Tendría que tomarla con más humor.
Al fin y al cabo un talento. Dibuja de maravilla. Se
acerca a la ventana. Habla con las macetas.

(Pausa.)

Tremendo.

Dommermuth,

no puedo vivir aquí con una mujer mentalmente
frágil. Tenemos que ayudarla. ¡Ser bondadosos,
comprensivos!

*(LOTTE vuelve, sin chaqueta ni casco, anda de
manera normal. Una expresión de reserva en el
rostro. Le entrega a ALF una carta de una página.)*

(ALF lee.)

ALF. Querido señor doctor.

(ALF busca alguna broma, chiste.)

¡Ah! Es la carta para el señor presidente de
chuchos; el doctor Guau-guau. Especialista en la
caza del hombre, de perros de raza, racista, entre-
nador de bailes caninos, el genial cuadrúpedo,

(Insistiendo cada vez más.)

El capo de los capo con su comando Gestapo
“Apresa y muerde”.

(LOTTE no reacciona.)

LOTTE. Lee.

(ALF lee la carta por encima.)

ALF. Querido señor doctor:

Finalmente, todo llega para el que sabe esperar...

Sí. Está perfectamente bien escrita, Lotte.

LOTTE. Impecable.

ALF. Sí

*(LOTTE coge la carta y hace ademán de dirigirse
hacia el fondo.)*

LOTTE. Hay que ponerle sellos y enviarla.

ALF. Déjalo. Hay tiempo hasta el lunes.

LOTTE. (*Malhumorada.*)

Mejor no te la escribe la Dommermuth.

ALF. Quédate aquí.

(*LOTTE se queda sin darse la vuelta.*)

¿Qué te pasa? ¿Por qué no me miras a la cara? ¿Qué piensas, eh? Lotte chiquita, no somos marido y mujer. No somos un matrimonio forzado por el destino. No nos enfademos. Siempre hay palabras para explicarse ¿Qué fue todo eso? ¿El trineo, Paul y el casco? ¿Cómo tengo que entenderlo? ¡Explícamelo! Tengo que saberlo. Si no quedará una sospecha... ¿Has podido corregir esa carta de loca?

LOTTE. Bueno..., lo he intentado.

ALF. ¿Intentado? ¿Qué quieres decir con eso de intentado?

LOTTE. Bueno, bien..., como quieras.

ALF. No, no, no quiero nada. Me pregunto únicamente..., ¿merece la pena esa carta?, ¿merece la pena pedir el divorcio y que te quedes en Saarbücken?

Tengo la sensación de que eres más bien de tipo "nómada", que estás buscando nuevos horizontes. Sino me equivoco mucho.

(*LOTTE lo mira abiertamente.*)

LOTTE. Extraño, Alf. Te veo como a un extraño.

(*LOTTE se dirige rápidamente hacia atrás. Se le vuelve a escuchar escribir a máquina.*)

Oscuro

IX

EL ÁNGEL REPUGNANTE

Una parada de autobús, una papelera llena. Un HOMBRE joven con una canadiense, espera.

En segundo plano, LOTTE pasa una y otra vez: pelo corto, claro, cara muy pálida, como siempre vestida con el viejo traje de chaqueta aún más descolorido, zapatillas de tenis, una bolsa de compra grande, colgando del brazo.

Anda con pequeños pasos apurados, de tanto en tanto se detiene bruscamente, se mira los pies, como si no se fiara de ellos, y los junta.

Parece como si le molestara el ritmo de sus pasos. Finalmente se acerca al joven por detrás.

LOTTE. No tengas miedo.

Sólo quiero estar un momento a tu lado.

(Se coloca a su lado.)

Así.

HOMBRE. Bueno, ¿y qué?

LOTTE. Mejor. Me siento mejor.

Un momentito nada más.

(De repente se pone a respirar bruscamente con la boca abierta, como si le faltara aire.)

HOMBRE. ¿Qué haces? ¿Por qué pones el morro así?

LOTTE. No sé.

HOMBRE. ¿Es que no te llega el aire?

LOTTE. Sí, sí...

Ya se me ha pasado.

Llevo todo el rato dando vueltas a tu alrededor.

HOMBRE. Ya me he dado cuenta.

¿No tienes otra cosa mejor que hacer?

LOTTE. Me alegro de estar aquí.

HOMBRE. Pst. Y yo bebo aguardiente porque mi computadora ha aprobado la reválida.

LOTTE. ¡Bromas! ¡Bromas!

No hay hombre que no gaste bromas, ¿eh?

Me apuesto a que eres uno de esos tipos que se abrochan el cinturón de seguridad cuando van al autocine a ver una película. Es una broma americana.

HOMBRE. Y tú eres el tipo de persona que uno prefiere no encontrarse a la hora de desayunar. Con esa cara.

LOTTE. Eso se olvida, joven.

HOMBRE. Seguramente. Ya es triste.

(Pausa.)

LOTTE. Dios es simple, es verdadero en Sus actos y Sus palabras.

No se transforma y no engaña a nadie.

HOMBRE. Anda, lárgate, ¡corre!

LOTTE. No quiero.

HOMBRE. Testigo de Jehová, ¿verdad?

(LOTTE niega con la cabeza.)

LOTTE. Me gustaría quedarme aquí hasta que te subas al autobús.

HOMBRE. ¿Quién eres? ¿Qué clase de persona?

Ni vieja, ni joven.

Pálida de pies a cabeza.

No llamarías la atención a la luz de la luna con esa palidez.

Se dice: ¿blanca como la nieve o blanca como la muerte?

LOTTE. ¿No se ve lo que soy?

¿No me he hecho bien la raya del pelo?

¿No te gusto ni un poquito?

HOMBRE. ¿Y qué más, eh?

(*LOTTE le susurra al oído.*)

LOTTE. Soy una de los Justos.

HOMBRE. ¿Blanca como la nieve o blanca como la muerte?

LOTTE. Soy una de los Justos.

HOMBRE. Testigo de Jehová, coño. Mierda.

LOTTE. No.

Mira: en todo el mundo sólo existen treinta y seis Justos. ¡Treinta y seis en todo el mundo! ¡El número no varía! Está escrito en los viejos libros judíos. Cada generación obtiene de Dios treinta y seis Justos que mantienen al mundo unido, pero que viven ocultos.

Nadie los conoce, pero todo el mundo sabe que existen. ¡Puede ser un vecino tuyo!

Treinta y seis Justos, que nadie conoce y que llevan el peso del mundo.

HOMBRE. Y tú eres uno de ellos.

LOTTE. Sí, por casualidad. No es culpa mía. Es una casualidad.

HOMBRE. ¿Y qué es lo que hace un Justo?

LOTTE. ¡Haced camino! ¡Conoced a los hombres y ayudadlos siempre que podáis! ¡Ayudad siempre! ¡Hacedle la vida imposible al Anticristo!

HOMBRE. ¿Hacéis jornada intensiva?

LOTTE. Sí, durante todo el día.

HOMBRE. ¿Y aparte de eso, también lo ejerces durante tus horas de trabajo, en tu profesión?

LOTTE. También lo practico en mi profesión. En el lugar de trabajo. En todas partes. He hecho gimnasia terapéutica, he sido diseñadora, y pronto trabajaré como intérprete. Pronto seré intérprete. ¿Y qué haces tú?

HOMBRE. Me llamo Bob Fechter y trabajo en la radio.

LOTTE. En la radio... ¿A qué te dedicas en la radio?

HOMBRE. Informática.

LOTTE. ¿Y eso qué es exactamente? ¡Cuéntame!

HOMBRE. Bueno, ya sabes que una empresa de ese ámbito tiene que tener a disposición muchas informaciones en el banco de datos.

LOTTE. Sí.

HOMBRE. Pues eso.
(Pausa.)

LOTTE. ¿Eres católico o protestante?

HOMBRE. Nada.

LOTTE. ¿Ateo?

HOMBRE. Ni siquiera ateo.
(LOTTE monta de repente en cólera.)

LOTTE. ¿Y quién crees tú que nos envía esta luz de allá arriba? Caramba, Bob.

Mucho cuidado... Tú no sabes de qué van las cosas.

HOMBRE. No me cuentes historias.

(LOTTE vuelve a tener dificultades para respirar.)

¡No hagas eso! ¡Deja de abrir el pico de esa manera! ¿Estás enferma? ¿Qué quieres? ¿Contagiarme?

LOTTE. Ya estoy mejor... Me pasa de vez en cuando. Pero no es que tenga tos. Tú no sabes de qué van las cosas.

HOMBRE ¿Desde cuándo te pasa eso?

LOTTE. Sólo desde que estoy aquí.

HOMBRE. Tú estás enferma.

LOTTE. Todo es tan nuevo para mí.

HOMBRE. Oye, ¡no te vayas a morir aquí!

LOTTE. No. No me muero.

(Él saca de su bolsillo de la chaqueta una cajita de pastillas, se las alcanza.)

LOTTE. ¿Eso qué es?

HOMBRE. Multivitaminas.

LOTTE. Esos potingues no sirven para nada.

HOMBRE. Si las toma Paloma San Basilio... no serán tan malas.

LOTTE. ¿Las toma?

HOMBRE. Sí, todo el mundo lo sabe.

LOTTE. Pero sólo cuando sale en televisión.

HOMBRE. Y fuera también las toma. Si no son tan malas.

(*LOTTE se dirige lentamente hacia la papelería que se encuentra amarrada al poste de la parada de autobús.*)

HOMBRE. ¿Adónde vas?

LOTTE. Veo algo allá atrás. ¡Date la vuelta!
(*Revuelve la papelería, se mete papeles en el bolsillo.*)

HOMBRE. (*Para sí.*)

Una mujer ni vieja ni joven. Una mujer...

¿Qué más?, ¿eh?

De ese tipo de personas que cuando preguntas te contestan:

¿Y qué es lo que tú entiendes por “pregunta”?

Sí, y tiene razón.

Acompañado se lo pasa uno mejor delante de la tele.

(*Se encoge de hombros.*)

Sabe jugar al ajedrez... Eso lo puedo hacer en el Club. No sabe jugar al ajedrez... Es una desventaja.

(*Mira en dirección a LOTTE.*)

¿Qué estás haciendo ahí?

¡Guarra! ¡Qué asco! ¡Ah! ¡Saca las manos de esa basura! ¡Va!

LOTTE. Ya voy, ahora mismo. Date la vuelta. ¡Ya voy!

HOMBRE. Ah, ¡Qué asco!

LOTTE. No digas nada, calla. Ya voy.

(*LOTTE vuelve y se coloca junto a él.*)

HOMBRE. ¿Cómo has podido caer tan bajo? ¿Qué repugnancia?

LOTTE. No es cierto.

HOMBRE. Si lo he visto. Escarbas en la mierda de los demás.

LOTTE. Sólo busco periódicos. Para ver si hay algo de Paul. Sólo papel. Seco...

HOMBRE. En este país no tiene por qué comerse nadie la mierda de los demás.

LOTTE. No.

HOMBRE. Podrías tener un aspecto más agradable. Tienes una profesión, puedes ayudar. No hay ninguna razón para caer tan bajo.

LOTTE. No. Si sólo he mirado a ver si encontraba algún periódico.

HOMBRE. Eso sólo lo hacen los locos. Los desequilibrados. Esa manera ansiosa de hurgar como la hiena.

LOTTE. *(En voz baja.)*

Pertenezco a los Justos. Dios vuelve a estar aquí.

HOMBRE. Eres una mujer ni vieja ni joven. Podrías tener un aspecto agradable. Búscate un grupo de amigos que congenien contigo. Resolved los problemas juntos. Podrías ser una de esas mujeres que gustan a todos.

LOTTE. ¿Yo? Bueno, no sé. Explicame, ¿cómo lo ves?

HOMBRE. Puede que suceda mañana o quizá pasado mañana. ¿Qué harás cuando llegue el tiempo del "Gran Ocio"? Y segurísimo que llegará, "el Gran Ocio".

LOTTE. Es cierto. Continúa.

HOMBRE. El que entonces no se sepa controlar, el que no sepa qué hacer con tanto tiempo libre, o sea el que se abandone...

LOTTE. ¡Yo eso no lo hago! ¡No lo hago!

HOMBRE. Yo, por ejemplo, pertenezco a un club de ajedrez. Voy dos veces por semana. Siempre las mismas caras agradables. Lo primero es: la tranqui-

lidad. Esto ya te da cierta seguridad; luego están los campeonatos que se celebran fuera. Los viajes...
(Se calla.)

LOTTE. Sigue, sigue.

HOMBRE. ¿Qué harás cuando llegue el autobús y yo me tenga que subir?

LOTTE. No volveré a tocar la papelera, ¡Bob!

HOMBRE. ¿Pero, qué harás?

LOTTE. Sí. ¿Qué haré? ¿Qué haré, qué haré cuando deje de sonar la música?

HOMBRE. ¿Sabes jugar al ajedrez?

LOTTE. No.

HOMBRE. ¿Quieres aprender a jugar?
(LOTTE lo mira y niega con la cabeza.)

LOTTE. No... no.

HOMBRE. Los jugadores se colocan cada uno en su sitio, se dan las manos, pero no se las aprietan. Los hombres se llaman entre ellos por sus nombres: Kortshnoi y Polugajewsky. Carpov y Portisch. O bien, Spaski y Fisher. O bien...

Oscuro

X EN COMPAÑÍA

Sala de espera de un internista. En las paredes, llamativos carteles antifumadores. LOTTE espera junto a otros seis pacientes. Hojean revistas, hacen crucigramas, tienen la mirada perdida. Una mujer gorda hace punto, un turco se mueve con inquietud en su silla. Un altavoz instalado sobre la puerta tapizada con cuero blanco, que da a la sala de espera, llama a los pacientes. Es verano. LOTTE (con su traje descolorido) está sentada cerca de la ventana entreabierta. Ruidos en la calle y griterío de niños desde un patio de colegio.

El MÉDICO le dedica a cada paciente de uno a tres minutos. A veces, si sólo se trata de volver a hacer una receta, aún es más rápido. Se va llamando a los pacientes a intervalos: "señorita Quadt..., por favor..." Los pacientes que ya han sido atendidos sólo vuelven a la sala de espera si tienen que recoger un bolso o una prenda de vestir. Pueden salir también directamente por la sala de consulta.

Después de la tercera llamada —la DOCTORA MELCHIOR, cuya visita dura un poco más— entra una mujer de edad y saluda amablemente. Los que están esperando contestan con un murmullo indefinido. De repente habla LOTTE en medio del círculo de gente callada...

LOTTE. Quizá les interese saber que mi marido acaba de recibir hace poco una mención honorífica...

Mi marido es el escritor Paul Liga.
También escribe bajo el nombre de "Smoky"
Él...

Todos los pacientes miran a LOTTE con sorpresa. Ella se calla y mira fijamente al suelo. La DOCTORA MELCHIOR vuelve de la sala de consulta y recoge un abrigo de verano del perchero. Dice en voz alta, y claramente "Adios" al salir. Todos responden. Se escucha "señor Uranüz, por favor..."

El turco se levanta apresuradamente y entra en la sala de consulta. Entra una mujer joven, dice en voz tan baja "Buenos días", que nadie le contesta. Todos la miran fijamente. Se oye "señora Pentovski, por favor".

Se levanta la mujer gorda, deja su labor en la silla, se dirige hacia la puerta, da media vuelta, coge su bolso y entra en la sala de consulta.

Oscurece, al cabo de muy poco tiempo vuelve la claridad. LOTTE está sola en la sala de espera. Entra el MÉDICO, tira la última edición de una revista sobre la mesita de las revistas. Ve a Lotte...

MÉDICO. ¿No la han llamado?

LOTTE. No. Sólo estoy aquí porque sí.

MÉDICO. ¿Tenía hora para esta mañana?

LOTTE. No. Sólo estoy aquí porque sí.
No tengo nada.

MÉDICO. Váyase, por favor.

LOTTE. Sí.

LOTTE sale lentamente. El MÉDICO cierra la puerta trás ella. Vuelve a la sala de consulta, cierra la puerta.

Oscuro

TÍTULOS EDITADOS

- Nº 1. ¡AY, CARMELA!
de José Sanchis Sinisterra
- Nº 2. OCAÑA, EL FUEGO INFINITO
de Andrés Ruiz López
- Nº 3. COMBATE DE NEGRO Y DE PERROS
Bernard-Marie Koltès
- Nº 4. EL ANGOSTO CAMINO HACIA
EL PROFUNDO NORTE,
MISA NEGRA y PASIÓN
de Edward Bond
- Nº 5. LOS ÚLTIMOS DÍAS DE EMMANUEL
KANT CONTADOS POR ERNESTO
TEODORO AMADEO HOFFMANN
de Alfonso Sastre
- Nº 6. LA NOCHE ES MADRE DEL DÍA
de Lars Norén
- Nº 7. BANTAM
de Eduardo Arroyo
- Nº 8. YO, MALDITA INDIA...
de Jerónimo López Mozo
- Nº 9. EDMOND
de David Mamet
- Nº 10. GRANDE Y PEQUEÑO
de Botho Strauss

PRÓXIMO TÍTULO

DESEO

Josep Maria Benet i Jornet



MINISTERIO DE CULTURA

Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música